

ORGANIZADO POR



CON EL APOYO DE



FORO CÚCUTA

F O R O D E L A S O C I E D A D C I V I L
L A T I N O A M E R I C A N A Y C A R I B E Ñ A
P A R A L A P R E V E N C I Ó N D E
A T R O C I D A D E S M A S I V A S

SEGUNDO PLAN DE APOYO A MIEMBROS

LA AMENAZA DEL ILIBERALISMO. REFLEXIONES Y DESAFÍOS PARA LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA DESDE CUATRO PERSPECTIVAS

Coordinación general e investigación

Francisco Alfaro Pareja

Entrevistas y edición

Francisco Alfaro Pareja

Ibis León

INTRODUCCIÓN

La democracia liberal y representativa está amenazada. La tercera ola de autocratización, que inicia en la década de los años 90s del siglo XX, y de la cual da cuenta el Proyecto V-Dem, tiene dos componentes distintivos. Por un lado, afecta a diversas democracias que ya estaban establecidas. Por otro, muchas de ellas, son socavadas de manera progresiva, no a través de un golpe de Estado clásico, sino a partir de movimientos o líderes que llegan al poder a través de elecciones y, posteriormente, inician proyectos iliberales.

Como enfatizan Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018), en su libro *Cómo mueren las democracias*, mientras los golpes militares y otras usurpaciones del poder por medios violentos son hoy poco frecuentes, la senda electoral hacia la desarticulación de la democracia es peligrosamente engañosa y cada vez más habitual: el retroceso democrático empieza en las urnas. A la luz de este fenómeno donde movimientos y líderes políticos arriban al poder por la vía de los votos y, posteriormente, se apoyan en el uso de herramientas y procedimientos de la propia democracia, para socavar sus elementos liberales, ¿cómo deben accionar las instituciones y la sociedad civil para ser efectivos en la defensa de la democracia?, ¿hasta dónde se puede forzar la tolerancia y la falta de contención?, ¿un movimiento iliberal es planificado o hay un componente contextual que influye en determinadas sociedades y sistemas democráticos?, ¿todo iliberalismo debe derivar inexorablemente hacia un modelo autoritario o hay casos en los que puede mantenerse en ese estado o, incluso, volver a una democracia liberal?

La definición del iliberalismo es relativamente reciente. Uno de los primeros que habla de democracias iliberales es Fareed Zakaria (1997), en un famoso artículo en la revista *Foreign Affairs*, titulado *The Rise of Illiberal Democracy*. En él denotaba, a partir de índices de aquel momento, que al menos el 50% de los países en proceso de democratización estaban sustentados en democracias iliberales, en comparación con sólo 22% registrados en el año 1990. En ese sentido, enfatizaba que, lejos de ser esa una estación transicional hacia la democracia liberal, algunos países empezaban a sentirse cómodos con ese modelo iliberal. Aunque algunos expertos hablan de democracias iliberales, para otros es un oxímoron, ya que una verdadera democracia no puede entenderse sin su componente liberal.

En palabras de Juan Carlos Rey (2015), en su ensayo *Los tres modelos de democracia venezolana en el siglo XX*, la democracia representativa contemporánea

constituye un intento de conciliación y síntesis de dos corrientes políticas no sólo distintas sino, en ocasiones, antagónicas: el liberalismo y la democracia. La democracia responde a la pregunta ¿quién debe ejercer el poder político? En cambio, el liberalismo responde a una pregunta distinta: con independencia de quién ejerza el poder ¿cómo se gobierna y cuáles deben ser sus límites? En ese sentido, este modelo de democracia conjuga una interacción complementaria y compleja de estas dos tradiciones: el respeto a la voz de la mayoría se conjuga con un andamiaje institucional y de prácticas que permite que esta no aplaste a la minoría sino, por el contrario, le asegure la protección de sus derechos inalienables.

Uno de los valores fundamentales de la democracia liberal y representativa es la tolerancia, entendida como la voluntad de permitir la expresión de ideas o intereses opuestos, inclusive aquellos que rechazamos. En ese sentido, un régimen tolerante es aquel que no restringe ni suprime ideas que, incluso, reta sus principios básicos. La pregunta que surge, y que es uno de los viejos problemas fundamentales e irresueltos de los regímenes democráticos, es hasta dónde debe llegar la tolerancia: ¿debe ser una tolerancia absoluta o tener ciertos límites? Este dilema, que se presenta a las autoridades institucionales, es lo que se conoce como la "paradoja de la tolerancia".

Si bien el iliberalismo es un fenómeno extendido, derivado de causas estructurales y coyunturales, tanto a nivel global como del contexto cada país en donde se desarrolla, en este estudio se busca examinar, primordialmente, las causas de su surgimiento y expansión en los últimos años, centrando la atención en América Latina y Estados Unidos. Para ello, cuatro expertos en la materia nos han ofrecido entrevistas exclusivas que ayudan a responder varias preguntas y a generar nuevas interrogantes en torno a un tema tan complejo: el politólogo, Miguel Ángel Martínez Meucci; la historiadora y periodista, Anne Applebaum; el politólogo e historiador, Armando Chaguaceda y la filósofa político, Marlene Laruelle. El objetivo de estas entrevistas es ayudar a comprender las complejidades del fenómeno iliberal, sus efectos sobre las democracias, los desafíos que representa para los diversos sectores de la sociedad y para la comunidad internacional y, finalmente, sugerir algunas recomendaciones para contribuir a contrarrestar las corrientes iliberales y salvaguardar el sistema democrático.

Este trabajo forma parte de la iniciativa de apoyo a investigadores y activistas del Foro Cúcuta, que impulsa la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES). El Foro Cúcuta, creado en el año 2019, es una red de expertos y activistas de la región articulados para la discusión, el intercambio y el activismo a favor de la democracia, los derechos humanos, la integración regional y la lucha contra las atrocidades masivas. Por su parte, CRIES es un *think tank* con expertos en todos los países de la región, que apunta

a la profundización de la participación de la sociedad civil en los procesos de integración regional y en la formulación e implementación de políticas públicas, así como en la promoción de una agenda para la integración comercial, social, política y cultural de América Latina y el Gran Caribe.



Francisco Alfaro Pareja

Es politólogo, magíster en historia de Venezuela y doctor en Estudios Internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo. Es investigador externo en el Instituto de Investigaciones Históricas Bolívarium de la Universidad Simón Bolívar, en el Instituto de Desarrollo Social y Paz de la Universitat Jaume I de Castellón y en el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. Miembro del Comité Ejecutivo de la Sección Venezolana de LASA (2019 - 2023) y del Foro Cúcuta. Autor de artículos y libros relacionados con historia de los procesos de paz, mecanismos alternativos de diálogo y negociación, régimen híbrido y democracia en Venezuela.



Ibis León

Es licenciada en Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela. Reportera de política del medio digital venezolano Efecto Cocuyo. Premio Gabriel García Márquez 2018.

RECOMENDACIONES PARA CONTRIBUIR A CONTRARRESTAR EL ILIBERALISMO Y PROTEGER LA DEMOCRACIA (A PARTIR DE LAS SUGERENCIAS DE LOS ENTREVISTADOS)

- 1. Considerar las razones estructurales que explican el surgimiento del iliberalismo:** La desigualdad social y económica, así como el papel de las redes sociales, son temas clave a considerar en la actualidad a fin de no caer en explicaciones o narrativas mediáticas simplistas. Si bien en algunos casos, y debido al contexto, puede haber algún porcentaje de la población que tenga predisposición al autoritarismo, en general la desafección hacia la democracia se deriva porque no ha visto un buen desempeño de los políticos y los partidos y creen que otra alternativa puede ser mejor para solucionar sus problemas. Por otro lado, hoy en día existe en las sociedades una sensación de pérdida de control, por parte de los gobiernos, los políticos y los líderes ante los cambios que se producen en la economía global. Finalmente, el cambio en la forma de distribución de información también ha llevado a socavar la confianza en las autoridades de los países y al surgimiento de movimientos iliberales.
- 2. Generar mejores mecanismos de representación y gestión de las demandas de la población:** Es necesario que los mecanismos de representación y de gestión pública, es decir los partidos políticos y los órganos del Estado, desarrollen formas de procesamiento de las demandas cada vez más eficaces y directas. Los gobiernos tienen que apostar a dar soluciones, tienen ocuparse de temas como la igualdad y la equidad social. El periodo de mayor fortaleza de las democracias ha sido cuando han preservado la libertad de sus ciudadanos y han reducido la desigualdad social.
- 3. Fortalecer el tejido institucional y organizacional de la sociedad civil:** La participación de los organismos de la sociedad civil organizada (los gremios, los sindicatos, las asociaciones ciudadanas) es muy importante ya que funge como una especie de malla de protección para impedir la avalancha populista que suele ser el preámbulo de las dinámicas iliberales.
- 4. La ciudadanía debe mantenerse vinculada a la política:** Cuando las personas piensan que no se puede hacer nada, se rinden y se retiran a sus vidas privadas, en síntesis, cuando la sociedad se hace apática, es cuando la política puede volverse realmente peligrosa.
- 5. Educar en la idea de que la democracia es mucho más que el gobierno de la mayoría:** La democracia moderna es también liberal y representativa. Tiene que haber una idea de que el poder debe tener límites y de que lo que diga la mayoría debe enmarcarse en el Estado de Derecho. Esto pasa por la formación ciudadana y un rol activo de los medios de comunicación. Hay que construir una mística de la democracia a través de una labor de educación y de persuasión con evidencia histórica y contemporánea.
- 6. Una acción más inteligente y temprana de defensa de la democracia, en el plano geopolítico:** Es importante hacer un control de daños temprano de los procesos de autocratización y tiene que ser multilateral. Hay evidencia histórica empírica reciente, tanto desde la derecha como desde la izquierda, para tomar acciones bien planificadas de manera temprana, con un discurso menos ruidoso. Las sanciones tienen que seguir siendo una medida importante, al igual que el castigo moral en aquellos espacios internacionales de peso.
- 7. Usar la interpelación y la discusión en el plano de las ideas y los símbolos:** Las democracias deben proyectar un discurso contundente frente al envalentonamiento de los autoritarismos que reflejen sus falencias. En la defensa de la democracia hay que implicar a la comunidad intelectual, incluyendo a los artistas en un sentido amplio.

ENTREVISTA

Miguel Ángel Martínez Meucci:

**EL TEJIDO DE LA
SOCIEDAD CIVIL ES UNA
MALLA DE PROTECCIÓN
FRENTE A LAS DINÁMICAS
ILIBERALES**

18 de octubre de 2021

ORGANIZADO POR



CON EL APOYO DE





Miguel Ángel Martínez Meucci

Es profesor de estudios políticos en la Universidad Austral de Chile. Doctor en Conflicto Político y Procesos de Pacificación por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado por la Universidad Central de Venezuela y Magister por la Universidad Simón Bolívar (USB) en Ciencias Políticas. Fue Coordinador entre 2012 y 2015 del Doctorado y el Magister en Ciencia Política de la USB. Miembro del Observatorio Hannah Arendt, del Comité Académico de Cedice y del Comité Ejecutivo de la Sección Venezolana de LASA.

El iliberalismo es para el politólogo Miguel Ángel Martínez Meucci un sistema en el cual los gobernantes toman decisiones en nombre de una mayoría circunstancial, pero lo hacen trasgrediendo flagrantemente una serie de principios y disposiciones del ordenamiento constitucional y del estado de derecho, "con lo cual violan el derecho de las minorías y los límites jurídicos que precisamente permiten que la democracia pueda seguir siendo democrática".

En opinión del doctor en conflicto político y procesos de pacificación, actualmente profesor e investigador en la Universidad Austral de Chile, el iliberalismo es el diagnóstico más adecuado y vigente -frente a otras denominaciones como autoritarismo competitivo- para referirse a la violación de los principios del liberalismo político y, por lo tanto, al desplazamiento del componente liberal en la democracia moderna.

"La democracia de nuestro tiempo emerge conjuntamente con una nueva tradición política que es la tradición del liberalismo que centra su atención en la libertad del individuo, la posibilidad de que las personas puedan estar protegidas por un sistema jurídico que garantice sus libertades frente a lo que pudiera ser la voluntad mayoritaria. Entonces, la democracia es un conjunto entre el principio básico, que es la regla de la mayoría, pero acompañada de la idea de que ese ejercicio de la voluntad popular y del poder político por parte de los gobernantes tiene que estar medido, delimitado y controlado por un sistema jurídico", explica.

Un ejemplo que refiere, para simplificar el concepto, es el caso hipotético en el que una mayoría decida que quiere reinstaurar la esclavitud. La voluntad mayoritaria en esta situación encuentra su límite porque implica la violación de los derechos de la minoría.

"En una democracia iliberal lo que sucede es que aparentemente los mecanismos electorales funcionan, se mantienen, no se conculcan las elecciones, hay una aparente división de los poderes del Estado: el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial. Todo conserva la apariencia de un sistema democrático moderno, pero existen diversos mecanismos a través de los cuales esa división de poderes no se hace realmente efectiva y la voluntad de la gente, expresada en las urnas, no es absolutamente limpia porque hay mecanismos que condicionan esa elección, a veces de forma muy sutil", argumenta.

Martínez Meucci destaca el papel de los actores de la sociedad civil para contener las dinámicas iliberales ante la complejidad de promover reformas en el sistema interamericano que pueden encontrar resistencia en gobernantes que replican este tipo de prácticas o que no quieren comprometer sus relaciones diplomáticas con acciones que puedan ser consideradas como injerencistas.

"El vigor del tejido de la sociedad civil es muy importante porque es como una especie de malla de protección, una red frente a las dinámicas iliberales, porque cada grupo de la sociedad civil que se planta para de-

fender sus intereses y sus derechos es una forma de impedir la avalancha populista que suele ser el preámbulo de las dinámicas iliberales”, concluye.

También destaca la necesidad de repensar los mecanismos de representación y de gestión pública para encontrar formas más eficientes de procesamiento de

las demandas de la sociedad, pues es precisamente la insatisfacción de las necesidades que siente la población lo que provoca el caldo de cultivo favorable para el surgimiento de líderes populistas en cuyas manos suele morir la democracia.

-Desde hace varios años se viene señalando que la democracia liberal está bajo amenazas de distinto tipo. Algunos señalan al iliberalismo como una de esas amenazas no tradicionales. En ese sentido, ¿en qué consiste el iliberalismo y qué caracteriza una democracia iliberal?

-La base de todo razonamiento en este sentido tiene que ver con que la democracia y el liberalismo son dos componentes muy importantes de lo que hoy en día llamamos la democracia liberal. Precisamente se llama democracia liberal representativa porque la democracia moderna, la que va emergiendo a raíz de las grandes revoluciones de la modernidad, como la independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa, las independencias hispanoamericanas, etcétera, es distinta a lo que fue la democracia original fundada por los antiguos griegos.

Siempre se habla de la democracia de la Atenas de Pericles como el modelo fundacional, pero la democracia contemporánea es distinta a aquella que era más bien directa. La democracia moderna tiene unos componentes de representación política muy importantes y esto tiene que ver con una cantidad de cosas: con el tipo, por ejemplo, de comunidades políticas que hay en los últimos 200 años y que no son las ciudades estado de la antigua Grecia; y tiene que ver con el hecho de que la democracia de nuestro tiempo emerge conjuntamente con una nueva tradición política que es la tradición del liberalismo que centra su atención en sus libertades del individuo, la posibilidad de que las personas puedan estar protegidas por un sistema jurídico que garantice su libertades frente a lo que pudiera ser la voluntad mayoritaria. Entonces, la democracia es un conjunto entre el principio básico que es la regla de la mayoría, pero acompañada de la idea de que ese ejercicio de la voluntad popular y del poder político por parte de los gobernantes tiene que estar medido, delimitado y controlado por un sistema jurídico y básicamente eso quiere decir, en nuestros tiempos, por un orden constitucional y por un estado de derecho.

De tal manera que las decisiones mayoritarias sí, efectivamente rigen y van dirigiendo las decisiones políticas y de los gobernantes, pero no puede decidirse cualquier cosa porque las decisiones mayoritarias no pueden pasar por encima de los derechos individuales. Algo que no se puede hacer, por ejemplo, es votar por reinstaurar la esclavitud.

Entonces una democracia iliberal es un sistema por el cual se siguen las decisiones de una mayoría circunstancial, pero violando flagrantemente una serie de preceptos, de principios, de disposiciones del ordenamiento constitucional y del Estado derecho con lo cual se viola el derecho de las minorías y, lo que puede ser más grave, se violan los límites jurídicos que precisamente permiten que la democracia pueda seguir siendo democrática: que efectivamente los gobernantes puedan estar bajo el control de la ley.

Lo que estamos viendo en nuestro tiempo es que, mientras en el siglo XX muchas dictaduras o regímenes autoritarios empezaban con golpes de estado, con acciones de fuerza o signos de violencia, en el siglo XXI muchos regímenes autoritarios, en cambio, comienzan con un sustancial apoyo popular, pero aprovechan ese apoyo popular para ir violando las disposiciones constitucionales que garantizan que el sistema pueda seguir siendo democrático en el tiempo. A menudo lo que sucede es que cuando las mayorías luego cambian de opinión y quieren algo diferente, el sistema se ha hecho bastante autoritario y ya no es fácil volver a una situación de plena democracia.

-Fareed Zakaria fue uno de los primeros en hablar de la democracia iliberal en los años 90. En esa primera publicación identifica algunas democracias iliberales, como el fujimorismo en Perú. ¿Hay alguna diferencia entre las democracias iliberales que identificó Zakaria con las actuales?

-Yo creo que en principio sigue siendo el mismo modo de acción. Básicamente en una democracia iliberal lo que sucede es que aparentemente los mecanismos electorales funcionan, se mantienen, no se conculcan

las elecciones, hay una aparente división de poderes del Estado: Legislativo, Ejecutivo y Judicial, todo conserva la apariencia de un sistema democrático moderno, pero existen diversos mecanismos a través de los cuales esa división de poderes no se hace realmente efectiva. Esa voluntad de la gente expresada en las urnas no es absolutamente limpia, hay mecanismos que condicionan esa elección de formas a veces muy sutiles, no tiene que ser que se roban la elección, pero sí puede ser todo un conjunto de medidas a través de las cuales se va influyendo en el resultado para que esta termine siendo favorable al gobernante que, en el fondo, es un gobernante autoritario, pero que no encuentra necesario eliminar por completo los mecanismos electorales, sino que los emplea a su favor, siempre y cuando los pueda controlar.

Eso lo veíamos, por ejemplo, con Alberto Fujimori. De hecho, por algo la Carta Democrática Interamericana (CDI) de la Organización de Estados Americanos (OEA) se firma en Lima, en septiembre del año 2001, porque unos cuantos meses antes había salido del poder Fujimori y esto fue precisamente una forma de hacer ver que, en el hemisferio, los países miembros de la OEA asumían el compromiso de presionar a aquellos actores políticos en la región que se salieran de los estándares de la democracia. No solo se trata de que la persona haya llegado por elecciones, es cómo se desempeña luego en el poder, si después se gobierna con apego a lo que dice la Constitución.

Básicamente la mecánica sigue siendo la misma y esto también ha dado origen a nuevas denominaciones en la ciencia política como la de los regímenes híbridos, que pueden ser catalogados de muchas maneras, algunos hablan de democracias electorales, autoritarismos competitivos, etcétera, pero básicamente aluden a regímenes que no son abiertamente autoritarios, pero tampoco son realmente democráticos, sino que están en un punto intermedio. Ahora, mientras que esas denominaciones se refieren a esas prácticas intermedias, yo creo que la definición de democracia iliberal es bastante interesante porque nos hace ver que se trata de básicamente la violación de los principios del liberalismo político y por lo tanto del desplazamiento del componente liberal en la democracia moderna. Creo que es un diagnóstico adecuado y sigue vigente.

-¿Por qué las democracias iliberales tienden a degradarse en sistemas autoritarios? ¿conoce algún caso donde no necesariamente haya derivado hacia un régimen autoritario?

- Todo depende de cuánto poder logra manejar el gobernante o los gobernantes que desatan esta dinámica iliberal. Si la cuestión iliberal les permite mantenerse en el poder sin necesidad de asumir grados mayores

de autoritarismo en su gobierno, en su forma de gobernar, bueno, ese sistema puede mantenerse así por mucho tiempo. Pero claro, si en algún momento todas esas prácticas iliberales que le han permitido perpetuarse en el poder no son suficientes para seguir ahí, obviamente puede surgir la tentación de pasar a un autoritarismo más descarnado, más claro, más evidente.

Esto no es una cuestión mecánica sino muy coyuntural, muy particular de cada caso y tiene que ver con cuánto poder se controla. También puede pasar que una oposición bien organizada logre trabajar democráticamente para restablecer una mayor vigencia del orden constitucional o, simplemente, para que haya alternabilidad en el poder para llegar al control del gobierno pues se puede mantener la situación todavía en un punto híbrido o incluso regresar atrás. Depende de la voluntad de los actores.

-Pienso en algunos casos como por ejemplo Donald Trump en Estados Unidos; Rafael Correa en Ecuador; Luiz Inácio Lula Da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, donde a pesar de que había una iliberalización de la democracia finalmente no terminan derivando en un régimen autoritario. En su opinión, ¿no tuvieron la suficiente voluntad para llevarlo adelante o las instituciones que resguardaban parte de esa estructura liberal lograron aguantar ese avance?

- En cada caso particular habría que verlo. Creo que es una combinación de factores porque el gobernante que usa o abusa del poder tensa la cuerda tanto como puede y si no encuentra resistencia de los otros poderes constituidos, de la población, de la prensa, de la opinión pública nacional e internacional bueno quizás pudiera eso más fácilmente derivar en una situación más autoritaria o mantenerse en una dinámica iliberal por mucho tiempo. Pero si este no es el caso, si hay una activa movilización social y política de la población, de la sociedad civil organizada, de los partidos políticos, de los otros poderes del Estado ya constituidos en general, esto puede terminar por disuadir o impedir directamente una profundización de una dinámica iliberal o autoritaria.

Los hechos políticos no pueden ser asumidos como algo general, sino que en cada caso hay que ver qué fue lo que sucedió, pero creo que es una mezcla de cosas: de resistencia por parte de la sociedad civil y los actores políticos y también de si estamos frente a un actor que prefiere no cruzar una cierta línea roja, de llegar a un sistema francamente autoritario.

-Se habla de una tercera ola de autocratización que reflejan índices como, por ejemplo, el del Instituto V-Dem que confirman lo frágiles que son las democracias liberales. ¿Por qué se expanden cada vez más las democracias liberales?

-Esto tiene que ver con una combinación de factores. Cuando hablamos de una tendencia global, como efectivamente parece estar sucediendo con la tercera ola autocratizadora, creo que tiene que ver con varias cosas. Primero, con el carácter representativo de la democracia moderna. Tenemos sociedades en donde en promedio la gente está cada vez más educada, cada vez mejor alimentada, hay más gente que tiene acceso a la universidad con lo cual las personas se vuelven más conscientes de sus derechos y más demandantes. También es verdad que llevamos varias décadas de expansión de las tecnologías, sobre todo de plataformas de comunicación e información; vemos también grandes movilizaciones sociales en la última década, hay muchísimas protestas y movilizaciones sociales en todos los continentes. Estamos viendo un fenómeno de ciudadanos que están más proclives a mostrar sus descontentos y posiblemente también expresan su descontento en forma más vehemente. Paradójicamente estamos hablando de unas décadas en donde la pobreza se ha reducido en términos importantes en el mundo, pero también hay muchas teorías que nos muestran que justamente cuando las condiciones de vida mejoran también lo hacen las expectativas de las personas y luego es fácil que las expectativas no sean satisfechas.

Entonces, tenemos todo lo que tiene que ver con las redes sociales, tenemos todo lo que tiene que ver con la inflación, por así decirlo, de las expectativas y, al ser democracias representativas, es fácil pensar que la culpa de todo la tienen los representantes políticos o lo que llamábamos habitualmente los políticos profesionales. Son un poco los chivos expiatorios de todo lo que sucede y bueno a menudo incurren en casos de corrupción o, sencillamente, en un desfase en su capacidad de gerencia pública porque no es fácil gerenciar todos estos cambios sociales y tecnológicos y, a menudo, vemos que los mecanismos de gobernanza no están tan actualizados o no van a la misma velocidad que el desarrollo de la sociedad, que el crecimiento de las expectativas. Todo esto incide en la legitimidad de la clase política y en la popularidad o en la vigencia de los mecanismos de representación.

Al no haber una satisfacción generalizada con la representación política (o al ir esta decreciendo) es más fácil que surjan líderes populistas. Los partidos políticos y los órganos del Estado, son mecanismos que articulan las muy complejas y diversas demandas sociales. Sin

embargo, a veces esos mecanismos no logran responder a las expectativas de la sociedad y, en cambio, surge un líder populista que usa un lenguaje muy claro, muy efectista, muy llano, muy accesible y la gente conecta directamente con ese líder.

Como la voluntad popular no logra expresarse o ser satisfecha a través de todos sus complejos mecanismos de representación política es más fácil buscar a la persona que dice lo que yo creo e identificarse con ella. Ahora, paradójicamente, sí conectamos con lo que era el diagnóstico de los antiguos griegos que siempre señalaban que la democracia suele morir a manos de la demagogia, de los líderes demagógicos o lo que pudiéramos llamar hoy en día un líder populista. La dinámica en general del populismo es, por naturaleza, desinstitucionalizadora.

El líder populista no gobierna con base en las instituciones, gobierna por encima de las instituciones porque su poder, su popularidad, su legitimidad tiene que ver con la conexión directa que establece con las personas y, con esto, es fácil que comience a pasar por encima de todos sus complejos mecanismos de representación política y de articulación de la voluntad popular que es compleja y, a veces, contradictoria. Entonces, mientras la representación política tiene la misión de ver cómo acompaña todas esas demandas sociales, el populista en cambio pasa por encima de eso, obedece a un clamor mayoritario y con esto puede encumbrarse a las esferas más altas del poder, pero siempre se va a sentir incómodo con someterse a los mecanismos institucionales porque precisamente su poder no viene del de las instituciones.

-¿Cómo evalúa, a la luz de la amenaza del iliberalismo, la efectividad del Sistema Interamericano para frenar el socavamiento de las democracias representativas?, ¿qué reformas debería hacerse a este sistema?

-La CDI, que ya cumplió 20 años de haber sido firmada, era precisamente un mecanismo que surgió con ese propósito. Ese es el mecanismo institucional que se ha dado el sistema hemisférico para atender este tipo de problemática. También el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) tiene el Protocolo de Ushuaia que es el mecanismo que se da para prevenir el desarrollo de dinámicas autoritarias entre sus países miembros. Luego hay mecanismos como el de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) que, en cambio, más bien encubre, desde mi punto de vista, el surgimiento de ese tipo dinámica porque habla de varias democracias, o sea, habla de varios tipos de democracia y con ese razonamiento en el fondo se asumen regímenes como el cubano como si fuera una democracia distinta cuando no lo es y, sin embargo, la CELAC

ha contado con el apoyo de muchos países americanos. Entonces ahí vemos que, en el fondo, por un lado, se ha intentado avanzar en una línea, pero, por otro, también se socavan esos mecanismos, digamos, de apego a los estándares de la democracia representativa. Esto obviamente choca con el principio de soberanía de los estados y es problemático porque en el momento en que una multiplicidad de estados decide asumir una posición de mayor presión obviamente esto genera mayores fricciones regionales y como no estamos hablando de dictaduras puras y duras como la de los antiguos regímenes militares de mediados del siglo XX (pues eran dictaduras que todo el mundo las reconocía como tales), hoy en día al hablar de estos regímenes híbridos o democracias iliberales, estamos hablando de algo en donde el consenso al respecto es más difícil de alcanzar. Al mismo tiempo hay muchos gobernantes en la región que incurren en este tipo de dinámica, con lo cual muy difícilmente van a estar a favor de que sean penalizados.

Esta amenaza a la democracia moderna representativa es mucho más insidiosa, mucho más difícil de reconocer con claridad y es difícil que haya una acción multilateral que pueda ir en esa línea. Yo creo que es muy importante aquí el concurso de factores y actores de la sociedad civil porque los Estados y los gobernantes van a tender a evitar problemas entre ellos y, como decía, va a haber muchos gobernantes en la región que están interesados en incurrir en este tipo de prácticas. Es muy importante el papel de la prensa, de las ONG y de la sociedad civil organizada para denunciar este tipo de prácticas y establecer incluso cooperación transnacional en esta línea porque, en la medida en que la prensa denuncia este tipo de acciones y esto tiene eco en la región, esto ayuda a presionar a los gobiernos para que tomen cartas en el asunto.

-Entrando en el tema de Venezuela, que es uno de los casos que usted ha abordado en un libro ineludible de la historia de los conflictos en Venezuela titulado *Apaciguamiento. El Referendum Revocatorio y la consolidación de la Revolución Bolivariana*, ¿cuáles fueron las claves en el caso venezolano para que una democracia liberal pudiese avanzar hacia un autoritarismo?

-Diría que lo fundamental es que precisamente esto se fue haciendo muy poco a poco, siempre se intentó mantener la imagen de que había muchas elecciones y de que los gobernantes, en este caso Hugo Chávez y sus candidatos, contaban con el apoyo popular. Siempre se hicieron elecciones casi todos los años y claro, a pesar de que esas elecciones no son elecciones que, por ejemplo, hubieran sido aceptadas en un país europeo o en Norteamérica, digamos que pasaban por ser

no suficientemente malas como para que hubiera un escándalo internacional, pero suficientemente buenas como para que la oposición política siguiera intentando la senda electoral. Pero el problema de esto es que gradualmente las condiciones se fueron deteriorando precisamente porque había una intención de modificación generalizada de todo el entramado institucional en el país: se crearon nuevas instituciones, se crearon nuevos dispositivos, había una proliferación de nuevos mecanismos institucionales que en el fondo terminaban siendo desinstitucionalizadores y se fue haciendo muy lentamente.

El factor económico fue muy importante. Entre los años 2004 y 2010 hay un boom petrolero y de las materias primas en todo el mundo, y esto permite que muchas iniciativas, digamos de oposición y de crítica a la forma de gobernar, fueran ahogadas en medio de la bonanza. También se fueron creando mecanismos de relativa cooperación, de entendimiento en donde, con la idea de mantener abierto el sistema electoral, se fueron aceptando muchas cosas que quizás no era bueno aceptar.

A pesar de todo, por la vía electoral, se logró una victoria muy importante en el lado de la oposición que fue la parlamentaria de diciembre del 2015 y, si se hubieran respetado esos resultados, la Asamblea Nacional hubiera podido renovar el Poder Judicial y el Consejo Nacional Electoral (CNE) y eso hubiera dado lugar a un cambio institucional, un cambio político. No obstante, ahí los mecanismos de una democracia liberal resultaron sencillamente insuficientes y, a partir del 2016, Venezuela entra en un autoritarismo que a todas luces es hegemónico, ya no hay esa especie de caminar por la cornisa de la democracia liberal porque ya ese resultado sencillamente conducía a un cambio político.

Creo que la sociedad estaba cada vez más debilitada por la hiperinflación, la corrupción, el éxodo, la emigración, la sociedad había perdido fuerza y capacidad. También hubo mucho apoyo internacional, el régimen liderado por Chávez tuvo muchos socios y Venezuela dio mucho dinero fuera del país a otros gobernantes y esto, obviamente, generaba un colchón de apoyo externo muy importante. Todo eso fue crucial en el caso venezolano.

-¿Qué explicaría, en todo caso, el éxito electoral o el respaldo popular de estos líderes que al mismo tiempo van socavando la democracia?

-Son los problemas inherentes al mecanismo de representación política. Los países pasan por crisis, tienen problemas de gobernabilidad, pasan inflación, puntos de desempleo muy elevados y esto puede hacer que se incremente el descontento popular y ¿qué pasa cuan-

do la gente siente que los mecanismos habituales de representación política, los partidos, las instituciones del Estado, etcétera, no dan respuesta? Ese es un caldo de cultivo idóneo para que surjan líderes populistas. Estos pueden, a veces, ser efectivos en las primeras medidas que toman, en un momento dado pueden hacer cosas que responden a un clamor mayoritario, por eso es una democracia iliberal: en un principio no es antidemocrática, en el sentido de que estas dinámicas pueden incluso estar muy a tono con lo que piensa una mayoría de la población y pueden ser incluso eficaces para resolver algunos problemas.

-¿Cómo influyó la política exterior del chavismo en la expansión de las democracias iliberales en la región?, ¿el modelo del chavismo fue exportado?

-Yo sí creo que el caso de Venezuela es bastante emblemático por varias razones. Primero, Chávez fue un líder político que llegó a tener mucha visibilidad internacional por muchas razones, fue muy conocido fuera del país, fue carismático sin duda, y lo otro es que se gastó mucho dinero en la política exterior del chavismo y de promoción, no solo de su figura sino, de los intereses de la llamada Revolución Bolivariana. Hubo mucho dinero que se repartió a lo largo de la región, incluso fuera del continente. Cada vez hay más evidencias de eso. Obviamente esto compró lealtades.

Lo otro fue el modo en el que se empleó el proceso constituyente en Venezuela precisamente para cambiar todas las reglas de juego. Yo creo que esa idea de ver el mecanismo constituyente como una forma de tomar el poder y re barajar todas las cartas para facilitar la perpetuación en el poder ha sido empleada en otros casos. No sé si podemos hablar de exportación, pero creo que ha sido un mecanismo muy visto, sobre todo en América Latina.

-Está hablando de la Constituyente y actualmente reside en Chile donde se está desarrollando justamente un proceso constituyente. Sin ser quizás experto en el tema chileno, pero ya con unos años viviendo allí y siendo un analista político tan agudo, ¿observa actualmente una amenaza iliberal sobre el sistema político chileno?

-Creo que hay muchas razones históricas y coyunturales que explican por qué el pueblo chileno considera que es importante cambiar la Constitución, eso es una cosa y hasta ahí no tendría por qué haber mayores problemas. Otra cosa es ver las actitudes de algunos de los factores políticos que están particularmente interesados en el cambio constituyente porque algunos de estos actores apuntan modos, maneras y discursos que sí pudieran a la postre terminar siendo iliberales.

Aún es muy pronto como para afirmar algo así. Yo creo que la ciencia política solo puede hablar después de que sucedan las cosas, pero sí hay algunos elementos a los que, sin ser alarmista, es necesario prestar atención porque sería lamentable que la oportunidad de edificar un nuevo pacto constitucional en el país termine conduciendo a cosas parecidas a lo que ya hemos visto en otros países de la región. Creo que hay algunos factores políticos que tienen discursos que pueden llamar a preocupación.

-Usted ha señalado que "estamos a las puertas de un retroceso estructural sobre consensos democráticos tan importantes como el que se vio reflejado en la Carta Interamericana Democrática del 2001, que comienzan a ser desechados o minusvalorados en toda clase de predios e instancias", ¿cómo se explica esto incluso en países de larga y sólida tradición democrática como, por ejemplo, Estados Unidos de América?

-Hay una especie de recalentamiento, por así decirlo, de los elementos que conforman la opinión pública y que presionan al sistema político para que dé respuesta a las demandas de la gente. Entonces, no es algo que tenga que ver única o exclusivamente con el nivel de desarrollo de un país. Tiene que ver con la capacidad de los sistemas políticos para atender, gestionar y procesar las demandas populares que son, como diría yo, muy vehementes en nuestra época como consecuencia paradójicamente de grandes avances técnicos, económicos, demográficos, etcétera. Son sociedades mucho más difíciles de gobernar y esto conduce a la pérdida de legitimidad de los mecanismos de representación y el caldo de cultivo favorable para el surgimiento de líderes populistas que son generalmente los vectores principales de las dinámicas iliberales.

-Algunas recomendaciones o sugerencias tanto para la sociedad como para los actores políticos, los medios de comunicación y la comunidad internacional para enfrentar de una mejor manera la amenaza iliberal.

-Es necesario que los mecanismos de representación y de gestión pública, es decir los partidos políticos y los órganos del Estado, desarrollen formas de procesamiento de las demandas cada vez más eficaces y directas.

Creo que es muy importante también educar en la idea de que la democracia moderna es también liberal y representativa, que la democracia no es solo lo que diga la mayoría. No vas a conculcar la regla de la mayoría porque eso sería abiertamente antidemocrático, pero sí tiene que haber la idea de que el poder debe tener límites, de que lo que diga la mayoría debe enmarcar-

se en el Estado de Derecho. Esto pasa por la formación ciudadana. También es importante que los medios de comunicación difundan esta idea.

¿Qué es importante para que la democracia pueda funcionar en los términos de una democracia liberal representativa? No sólo la opinión de la mayoría, sino la participación de los organismos de la sociedad civil organizada: los gremios, los sindicatos, las asociaciones ciudadanas de cualquier índole, todas esas instan-

cias donde los ciudadanos se organizan espontánea y autónomamente para defender algún punto de común interés. El vigor de ese tejido de la sociedad civil, es muy importante porque es como una especie de malla de protección, una red frente a las dinámicas iliberales, porque cada grupo de la sociedad civil que se planta para defender sus intereses, sus derechos, etcétera, es una forma de impedir la avalancha populista que suele ser el preámbulo de las dinámicas iliberales.

ENTREVISTA

Anne Applebaum:

**FRENTE A LA AMENAZA DEL
ILIBERALISMO, "LO MÁS
PELIGROSO ES LA APATÍA"**

20 de octubre de 2021

Entrevista traducida al castellano

ORGANIZADO POR



CON EL APOYO DE



Una red de personas
construyendo paz



Anne Applebaum

Es periodista e historiadora galardonada, redactora de *The Atlantic* y miembro principal del *SNF Agora Institute* de la *Johns Hopkins University*, donde codirige lidera un proyecto sobre desinformación del siglo 21 y co-facilita un curso sobre democracia. Sus libros incluyen *Red Famine: Stalin's War on Ukraine*; *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe 1944-1956*; y *Gulag: A History*, con el que ganó el Premio Pulitzer 2004, en la mención de no ficción. Su libro más reciente es el bestseller del *New York Times*, titulado *Twilight of Democracy. The Seductive Lure of Authoritarianism*. Fue columnista de *The Washington Post* durante quince años y miembro del consejo editorial; también ha sido editora adjunta de *The Spectator* y columnista de varios periódicos británicos. Sus escritos han aparecido en el *New York Review of Books*, *The New Republic*, el *Wall Street Journal*, *Foreign Affairs* y *Foreign Policy*, entre muchas otras publicaciones.

Al hablar de iliberalismo hacemos referencia a “democracias débiles, defectuosas o fallidas”, resume la periodista e historiadora, ganadora del premio Pulitzer, Anne Applebaum. La escritora, quien además es Senior Fellow del Agora Institute en la Johns Hopkins University, explica que, en este tipo de sistema político, el líder tiene el propósito de “crear un Estado de partido único, o un Estado de líder único”, pero manteniendo algunos elementos de la democracia como las elecciones.

“Estamos hablando de líderes que comienzan a ejercer presión sobre las instituciones liberales, a socavar los medios de comunicación, a atacar al sistema judicial, a los jueces, a los fiscales, al sistema legal”, expone.

A juicio de la autora de libros como *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe, 1944-1956* y *Twilight of the Democracy: The Seductive Lure of Authoritarianism*, el iliberalismo “se ha extendido más y es más popular” hoy en día y una de las razones que explican este fenómeno es el cambio que han provocado las redes sociales en la naturaleza de la información, como plataformas que potencian las teorías conspirativas y la polarización.

“La gente no confía en las autoridades científicas (y esto lo vimos durante la pandemia), no confía en las autoridades políticas, y cuando tienes esta desconfianza comienzas a tener una falta de fe en el sistema político; las teorías conspirativas se difunden muy fácilmente, toman el lugar del conocimiento real, y

tienes un colapso de la conversación nacional y eso es algo que se ha repetido una y otra vez en países muy diferentes que han experimentado movimientos iliberales”, explica.

Para frenar el avance del iliberalismo, Applebaum apela a la participación activa de los ciudadanos en la política. “El único consejo que puedo dar es que todos sigan involucrados en la política. Lo más peligroso es la apatía. Cuando las personas piensan que no pueden hacer nada, cuando se rinden, cuando se retiran a sus vidas privadas, lo cual es muy tentador para todos nosotros, es cuando la política puede volverse realmente peligrosa”, sostiene.

-Desde el punto de vista político, ¿qué es el iliberalismo y qué caracteriza a una democracia iliberal?

-En primer lugar, debo decir que hay cierta controversia sobre esta expresión. Es un término que ha evolucionado para describir a países que son mitad democráticos o parcialmente democráticos o que podrían ser democráticos, pero hay un pequeño signo de interrogación en torno a ese término. Eso es porque, para funcionar correctamente, la democracia tiene que ser liberal en el sentido de que la democracia no se trata solo de elecciones. Si celebras elecciones cada cuatro años eso no convierte a tu país en una democracia porque las elecciones tienen que ser justas y, para que las elecciones sean justas y para que todos los partidos y políticos del país sean tratados por igual, tiene que haber otro tipo de instituciones en su lugar. Tiene que haber algún tipo de esfera pública, medios independientes que permitan la cobertura de todos los grupos políticos del país para que pueda haber un debate nacional. Si no tienes medios independientes, si los medios están totalmente controlados por un partido político, entonces es muy difícil ver cómo puedes tener unas elecciones justas.

Lo mismo puede decirse de los tribunales. Entonces, en una democracia también se necesita un sistema judicial independiente. Las diferentes democracias eligen a sus jueces de diferentes maneras, pero es muy importante que, independientemente de cómo sean elegidos, después de ser elegidos, mantengan cierta independencia política del partido gobernante. Eso es porque el partido gobernante tiene que estar sujeto a las mismas reglas y al mismo Estado de Derecho que todos los demás. Si alguien que está en el gobierno comete un delito, esa persona también debería ir a la cárcel. Asimismo, el gobierno no debería poder procesar a personas por razones puramente políticas solo porque son enemigos políticos. Por lo tanto, es necesario que haya algún tipo de sistema de justicia que no esté atado simplemente a las personas en el poder. Hay otros elementos como tener una comisión electoral independiente. Estas son cosas que necesitas para que la democracia funcione correctamente.

Cuando hablamos de líderes iliberales en todo el mundo, por lo general, de lo que estamos hablando es de líderes que, desde dentro de las democracias, comienzan a ejercer presión sobre las instituciones liberales, comienzan a socavar los medios de comunicación, ya sea porque tratan de controlarlos, quitarles su modelo de negocio, o denigrarlos; atacan al sistema judicial, a los jueces, a los fiscales, al sistema legal. Ese tipo de líderes son los que describimos como iliberales porque están tratando de gobernar un país sin que estas ins-

tituciones liberales permanezcan en su lugar, y lo que hacen, en efecto, es que sea imposible tener elecciones justas y preservar algún tipo de equilibrio político. Por eso los llamamos iliberales, y como digo, por eso el término es tan polémico, porque ¿se puede tener una democracia iliberal donde el líder presiona a los tribunales y a los periodistas?, ¿eso es realmente una democracia?

-¿Cuáles son los peligros de los proyectos iliberales sobre la democracia?

-Del proyecto iliberal hay diferentes variaciones en todo el mundo, pero normalmente el propósito de empujar a un país en una dirección iliberal es crear un Estado de partido único, o un Estado de líder único, para crear un sistema político en el que, tal vez, haya algunos elementos de democracia, haya algo de libertad de expresión, tal vez haya elecciones, pero en el que realmente todos saben que solo un partido o solo un líder ganará. Me refiero al ejemplo clásico de Rusia, en donde se creó todo un aparato de periódicos y estaciones de televisión dependientes del Estado y un sistema legal que finalmente fue diseñado para apoyar a Vladimir Putin, el presidente de Rusia, que ahora ha sido el líder de Rusia durante décadas.

Pero también vemos versiones de ese proyecto en Europa. Lo vemos en Polonia, en Hungría, en Turquía, y también puedes encontrarlos en casi todos los partidos europeos. En los Estados Unidos de América (EE. UU.) puedes encontrar partidos políticos que también están presionando en esa dirección. Estos son partidos dirigidos por gente que no ve a sus oponentes como legítimos, que la única buena elección es aquella en la que "yo gano", el único gobierno legítimo es el que gobierna "nuestro partido". Y una vez que tienes un partido político que piensa en esa línea, es muy difícil ver cuánto tiempo más durará la democracia.

-En su opinión, ¿hay alguna diferencia, por ejemplo, entre esas democracias iliberales que Fareed Zakaria identificó en los años 90s y los proyectos iliberales actuales en el mundo?

-No. Quizá la principal diferencia entre los años 90 y ahora es que el iliberalismo se ha extendido más y es más popular. La mayor parte fue facilitada por los cambios en los medios de comunicación: el colapso de los medios de difusión convencionales y el periodismo tradicional y su reemplazo por las redes sociales que han sido mucho más fácil de manipular para controlar, por lo que la promoción del iliberalismo se ha vuelto más fácil y común. Pero no creo que haya una gran diferencia. Creo que Fareed Zakaria escribió en una época en la que hablábamos mucho sobre Rusia y el mundo postsoviético. Pero realmente no hay diferencia

entre el patrón de toma de poder, el patrón del partido político o líder que quiere tomar el control del Estado usando ese tipo de herramientas. No creo que haya mucho misterio en ello, son realmente las mismas técnicas que vimos en la década de 1990.

-¿Qué hace vulnerables a las democracias liberales y por qué los proyectos iliberales se están expandiendo cada vez más por el mundo?

-Esa es una pregunta difícil de responder. Realmente lo notable de la ola actual de iliberalismo es que está teniendo lugar en muchos países con antecedentes históricos muy diferentes. EE.UU., Polonia, Hungría, Turquía, Filipinas, Brasil y Venezuela, ¿qué tienen en común? Nada, realmente nada. Excepto dos cosas, y es aquí donde yo miraría, lo que precisamente está cambiando. Una, es que todos son miembros de la economía global, al igual que todos nosotros lo somos ahora. En realidad, no hay casi ningún lugar donde puedas vivir y no te impacten las cosas que suceden en otros lugares y creo que la sensación que muchas personas tienen es que hay una pérdida de control, que su gobierno, sus políticos, sus líderes, ya no controlan realmente las cosas, que la decisión se tomará en Washington o Bruselas y nos afectará aquí, en Río de Janeiro o Shanghai o Sydney o Ciudad del Cabo. Creo que ese sentimiento ha hecho que mucha gente se cuestione, ¿cuál es el poder de estos políticos? ¿Por qué no pueden hacer nada? Parecen débiles ante estos grandes cambios globales que nadie controla realmente. Creo que eso le ha dado a la gente la sensación de tener que recuperar el control y eso ha conllevado a movimientos iliberales en algunos países.

Otro cambio importante, es este cambio en la naturaleza de la información y la forma en que las personas la obtienen y la procesan y la facilidad con la que ahora pueden aprender a vivir en burbujas de información completamente separadas. En algún momento hubo reglas de debate en las democracias y había instituciones particulares que se crearon para permitir que las personas se escucharan y hablaran unas a otras al mismo tiempo. Ahora no escuchan las opiniones del otro y no ven ninguna alternativa, con lo que se vuelven mucho más fáciles de manipular porque las personas toman información de personas en las que confían.

Y al mismo tiempo, las redes sociales no son como los medios tradicionales en varios aspectos: no verás en las redes sociales la promoción o difusión de un debate civilizado o una conversación racional. En cambio, los algoritmos están configurados para difundir más rápidamente cosas que son muy emocionales, cosas que hacen enojar a la gente, cosas con las que la gente no está de acuerdo, hasta llegar a un nivel de desacuerdo emocional: ira, odio, furia, que ahora es mucho más

elevado de lo que era antes debido al impacto de las redes sociales. Debo decir que esto afecta incluso a las personas que no las usan.

Creo que el cambio en la forma de distribución de información también ha llevado a socavar la confianza, por lo que la gente no confía en las autoridades: no confía en las autoridades científicas- y esto lo vimos durante la pandemia -, no confían en las autoridades políticas, y cuando tienes esta desconfianza comienzas a tener una falta de fe en el sistema político. Las teorías de la conspiración se difunden muy fácilmente, toman el lugar del conocimiento real y tienes un colapso del debate nacional y eso es algo que ves repetido una y otra vez en países muy diferentes que han experimentado movimientos iliberales.

Entonces, nuevamente, si bien hay razones específicas que explican lo que está sucediendo, por ejemplo, en los EE.UU. o en Turquía, ambas son parte de esta historia más amplia sobre el cambio en la naturaleza de los medios, sobre la globalización, y sobre la pérdida de confianza en las instituciones tradicionales. A pesar de que estamos más conectados, somos cada vez menos capaces de escucharnos unos a otros. Algo muy profundo y extraño está pasando.

- En una reseña sobre su libro más reciente: *Twilight of the Democracy*, usted describe cómo muchos de los defensores del iliberalismo utilizan las teorías de la conspiración, la polarización política, las redes sociales, e incluso, la nostalgia para cambiar sus sociedades. ¿Puede hablar más sobre el uso de la polarización, las teorías de la conspiración y la nostalgia en esos proyectos iliberales?

-Sí. Las teorías de la conspiración son muy importantes porque funcionan un poco de la misma manera que solía funcionar la ideología. Los nuevos líderes iliberales no le presentan a la gente una teoría de todo, no es el marxismo que explica toda la economía, la historia y el futuro y tiene una respuesta para todo. En cambio, lo que hacen es crear historias diseñadas para crear desconfianza. En mi libro utilicé un ejemplo de Polonia. En este país hubo un accidente de avión en 2011 en donde murió el presidente. Fue un accidente terrible, un gran desastre nacional. En los momentos inmediatamente posteriores la gente se unió y se sintió un momento de verdadera unidad nacional. Luego, el partido político al que pertenecía el presidente, que justamente estaba liderado por su hermano gemelo, comenzó a ver en este accidente aéreo una oportunidad para generar desconfianza. Comenzaron a impulsar y promover una teoría de conspiración sobre el accidente aéreo. Era todo muy vago, culparon a los otros partidos políticos y a los rusos, dieron a entender que

había un pacto secreto o una especie de conspiración para derribar el avión. Incluso se hizo una película sobre el derribo del avión que mostraron en un gran teatro y todos vinieron a verla. Y promovieron esta idea de que había habido otras historias sobre el accidente y convencieron a aproximadamente un tercio del país de que eso era cierto, tal vez incluso más. 30% o 40% de los polacos llegaron a creer que había algo sospechoso en este accidente de avión.

A pesar que hubo una investigación, hubo pruebas, se encontraron las cajas negras, se sabía exactamente lo que pasó y por qué se estrelló el avión, la función de esta teoría de la conspiración fue hacer que ese mismo tercio del país sospechara de todas las instituciones nacionales. Porque, si lo piensas bien, el presidente habría sido asesinado y esto había sido encubierto por los jueces, los tribunales, la policía y el gobierno, y todos están ocultando la verdad. Si crees eso sobre tu país, que el asesinato del presidente fue encubierto, entonces ¿por qué deberías creer en tu democracia? ¿Por qué deberías creer en tu sistema electoral? ¿Por qué deberías creer en tu sistema judicial si esta terrible desgracia, que se mantiene en secreto, está sucediendo?

Donald Trump utilizó una táctica muy similar en EE.UU. Cuando Barack Obama era presidente, Trump fue la fuente más importante de una teoría de la conspiración sobre Obama, que decía que Obama realmente no había nacido en los Estados Unidos, sino que nació en África, en Kenia. Si eso fuera cierto, eso lo convertiría en un presidente ilegítimo porque nuestra Constitución dice que el presidente tiene que haber nacido en los EE.UU., ser un estadounidense nato. Entonces, una vez más, ¿qué significa esto?, que tenemos un presidente ilegítimo, ¡eso es realmente terrible! Si puedes convencer a la gente de que eso es verdad, entonces, por supuesto, ellos pensarán que nuestro sistema político es terrible, que necesita ser desmontado y cambiado por completo, y todo el mundo necesitará ser reemplazado porque tenemos un sistema defectuoso y desastroso. Y así es como funcionan esas teorías de la conspiración, sirven para socavar la fe de la gente en el sistema, en la democracia, en el sistema electoral, y así sucesivamente.

Esto lo puedes encontrar en casi todos los casos de países que fueron democráticos y ahora no lo son, allí puedes encontrar este tipo de historias, este tipo de pensamiento conspirativo casi siempre se ha utilizado para socavar el sistema: ya sean los extranjeros, los explotadores, los traidores, o alguien "ha estado socavando nuestro sistema político y tenemos que recuperarlo y volver a tomar el control". Esto es muy común.

El segundo punto que mencionaste fue la nostalgia, y esto de alguna manera está estrechamente relaciona-

do con lo otro. La nostalgia es una palabra que puede significar algo muy benigno. Sentimos nostalgia del pasado, miramos álbumes de fotos. Pero hay otro tipo de nostalgia que recuerda mucho mejor el pasado que el presente. Hay una imagen del pasado, una especie de imagen de cómo era el país: "nosotros la vamos a restaurar y mejorar; vamos a restaurarlo y traerlo de vuelta". Puedes escuchar esto en el lema de *Make America Great Again*. La nostalgia fue una parte muy importante y poderosa de la campaña del Brexit en el Reino Unido: tenemos que hacer que Inglaterra vuelva al lugar donde solía estar. Y puedes escucharlo en el lenguaje, tanto en la extrema derecha como en algunos casos de la extrema izquierda en muchos lugares. Y una vez más, es una forma de socavar el sistema del presente.

Las personas mayores, recuerdan su infancia o su juventud de una manera mucho más optimista, tienen recuerdos divertidos del mundo como era hace 30, 40 o 50 años, y tienden a no recordar las cosas malas del mundo hace 40 o 50 años. Había más pobreza, o había otro tipo de injusticias. Pero, debido a su nostalgia por el pasado, puedes construir un movimiento en torno a esa idea. Adolfo Hitler usó este tipo de nostalgia en la Alemania nazi, la nostalgia de la época en que Alemania era grande. Es una forma muy común de construir una sensación de que el presente es malo, el sistema político actual es malo y tenemos que desmontarlo, cambiarlo y devolver las cosas a la forma en que eran. Entonces, nuevamente, esta es una táctica común utilizada por los autoritarios iliberales que operan dentro de las democracias.

-¿Cómo utilizan la polarización estos líderes o movimientos políticos iliberales?

-La polarización es extremadamente importante. Nuevamente, si quieres crear un sistema político antidemocrático o iliberal lo que tienes que hacer es convencer a una parte del país de que la otra parte no cuenta. Entonces una parte del país importa y la otra son traidores, extranjeros, no sé, gente que no merece que se escuche su voz. Y si puedes polarizar un país de tal manera que tus seguidores sean mayoría o puedas controlar una cantidad significativa de votos y todos los demás no cuenten, es así como comienzas a generar apoyos para el autoritarismo.

En algunos lugares esto es de índole racial y en otros es de índole ideológico: estos son los únicos estadounidenses reales, o los verdaderos polacos, y las demás personas no cuentan. Si puedes hacer eso, entonces puedes generar apoyo para socavar las instituciones de la democracia bajo la idea de que, si esa otra gente ganara una elección, el país se derrumbaría y sería un desastre terrible. Si puedes convencer a la gente de

eso, entonces, como digo, construyes tu propio camino hacia la dictadura o el autoritarismo.

Entonces, la polarización, la división, el evitar que la gente vea lo que tiene en común, el mantenerla separada físicamente o en términos del tipo de información que recibe, esto es realmente importante para los dictadores. Los dictadores dividen a la gente, no quieren ver ningún tipo de unidad, o que las diferentes partes del país o las clases sociales se unan, porque entonces la gente descubriría que tienen mucho en común y podrían decidir oponerse al dictador.

-¿Por qué estos sistemas políticos, basados en la exclusión, encuentran apoyo popular? ¿Existe cierta predisposición de las personas a sentirse atraídas por las ideas autoritarias? ¿O tal vez la gente no conoce la verdadera intención de estos proyectos sino hasta después de que comienzan las consecuencias? ¿Cuál es su opinión al respecto?

-Creo que un porcentaje de la población tiene predisposición al autoritarismo. Eso no significa que esté determinado genéticamente o algo así. Esto puede cambiar dependiendo de las circunstancias. Pero hay un grupo de personas para quienes el concepto mismo de democracia, en donde hay ideas en conflicto, partidos políticos en conflicto, o un debate ruidoso y enfadado, molesta. Y son personas que realmente valoran la homogeneidad, la unidad, el silencio, quieren que todo sea igual, y quieren que todos estén juntos y les molesta la diferencia. A veces les molesta la diferencia racial o la diferencia política, y realmente prefieren ese mundo homogéneo, quieren que el mundo se vea y suene como ellos.

Esto lleva a la gente a apoyar a dictadores y autócratas que eliminan a los opositores de la esfera pública para que no veas a nadie en la televisión que no esté de acuerdo con el líder. En el peor de los casos, en las dictaduras más terribles y trágicas, los eliminan físicamente, los asesinan. Este es también un rasgo que pertenece a la mayoría de los dictadores y autócratas modernos. Y nuevamente, como dije, la palabra importante es predisposición más que personalidad. Hay personas que, en algunas circunstancias, elegirán un dictador, lo preferirán, porque les gusta la unidad y la fuerza, eso no significa que los prefieran en todas las circunstancias. A veces hay ciertos tipos de condiciones, una de ellas es la guerra civil. Cuando ha habido una lucha encarnizada, es muy común que un dictador emerja de una guerra civil. Eso es lo que sucedió después de la revolución en Francia, a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Eso es muy común.

También hay otras circunstancias. En momentos en que el nivel de diversidad en una sociedad está aumentando, cuando hay muchas más personas de color de piel diferente, o distintas religiones irrumpiendo en la sociedad y mezclándose, puede generar una reacción autocrática. También puede pasar en momentos en los que hay muchos conflictos o discusiones políticas amargas. Lo que realmente quieren las personas con esta predisposición autoritaria, es que se acabe la discusión.

-En su opinión, ¿esta predisposición podría estar relacionada, por ejemplo, a que la democracia liberal se basa en la complejidad y lo autoritario se basa en la simplicidad? Porque en una democracia real hay que debatir, hay que negociar, hay que llegar a acuerdos entre distintos sectores. ¿Cree que hay algún tipo de relación con eso?

-Sí, quiero decir, la democracia requiere la habilidad de escuchar los dos lados de un argumento; cierta capacidad de compromiso; tienes que ser capaz de establecer acuerdos entre diferentes personas que tienen diferentes puntos de vista; tienes que ser capaz de unir a la gente; tienes que tener algo de talento para hablar a diferentes tipos de audiencias. Entonces sí, hay algo en la democracia que requiere tolerancia a la complejidad y obviamente hay algo en la dictadura que es más simple: yo mando y yo decido todo. No hay discusión. Eso es mucho más fácil que una negociación o una conversación. Como dije, hay algo sobre la complejidad que molesta a algunas personas. Simplemente no les gusta.

-Recientemente vimos en los EE.UU. la toma del Capitolio impulsada, en parte, por el discurso del ex presidente Trump. ¿Está la democracia en ese país amenazada por el avance de tendencias iliberales? Si es así, ¿a qué podría conducir esto y qué consecuencias podría tener a nivel mundial?

-Sí, existe una amenaza iliberal en EE.UU. La administración Trump fue muy caótica. Diría que fue más caótica que iliberal, pero sus instintos son muy iliberales, son instintos autocráticos clásicos. No le interesan las instituciones democráticas y no entiende cómo funcionan; y sus ataques a los medios de comunicación, a los jueces y a los políticos de la oposición son exactamente el tipo de cosas que ocurren en una dictadura iliberal. Así que actuó de una forma muy parecida a otros líderes iliberales y dictadores de todo el mundo a pesar de que el sistema estadounidense le impuso restricciones.

Hay varios tipos de peligros. Uno de ellos, es que podría ganar las próximas elecciones presidenciales. El

otro, es que podría intentar hacer trampa. Él y las personas que lo rodean intentaron hacer trampa en el año 2020, trataron de cambiar los resultados de las elecciones, por eso ocurrió el evento del 6 de enero de 2021. Esa gente estaba allí para detener el escrutinio de los votos. Hay un acto formal en el que el Congreso trae todos los votos a Washington DC, los cuentan o leen los resultados de los votos, y luego el vicepresidente declara el nombre del próximo presidente. Durante cien años había sido una ocasión puramente formal, no tenía mucho significado, era solo gente reuniéndose y haciendo esto. Esta fue la primera vez que tuvo algún significado porque los manifestantes buscaban detenerlo o retrasarlo, y se teme que los mismos grupos intenten organizar un asalto a la forma en que se cuentan los votos en algunos estados. Hay algunos estados controlados por el Partido Republicano que podrían intentar cambiar el resultado de las próximas elecciones presidenciales. Entonces sí, esa es la otra posibilidad peligrosa. Un segundo mandato de Trump desorganizaría por completo el campo de las democracias, específicamente la dinámica en la que las democracias europeas, sudamericanas y asiáticas, a veces trabajan juntas e impulsan normas en torno a los derechos humanos y el comportamiento civilizado. Desafortunadamente, creo que tendría un impacto profundo y peligroso en el resto del mundo.

Me preocuparía una segunda administración de Trump, especialmente si se lograra ilegalmente. Sería muy anárquica. Tendríamos una especie de gobierno autocrático clásico con esta mezcla de lo público y lo privado, mezclando su propio interés personal con el interés nacional del país. Respeto mucho a muchos republicanos, siento cierta empatía por los conservadores y por las ideas conservadoras y tengo muchos amigos conservadores, pero creo que una segunda presidencia de Trump o una victoria republicana de ese tipo bien podría ser un desastre para los EE.UU. y ciertamente para la democracia, el activismo y los movimientos de todo el mundo.

-En un número reciente de la revista *The Economist* hablan de no subestimar la amenaza de la izquierda iliberal. ¿Cree que podría ser también una amenaza para Estados Unidos?

-Hay una izquierda iliberal en los EE.UU. y también hay algunas dudas reales sobre la democracia en la izquierda. Yo misma he escrito sobre eso, no creo que sea un problema tan grande porque esa parte de la izquierda no domina al Partido Demócrata. Entonces, el Partido Demócrata, por el momento, no está controlado por ese tipo de pensamiento, está controlado todavía por liberales, Joe Biden es liberal. No es el mismo tipo de peligro. Pero no hay ninguna razón por la que no

puedas tener una izquierda iliberal como tienes una derecha iliberal. Todos mis libros de historia son sobre la Unión Soviética, que era una dictadura autocrática de izquierda. No es un problema que pertenezca específicamente a la derecha.

-¿Cómo evaluaría la efectividad del Sistema Interamericano para frenar el socavamiento de las democracias liberales representativas en la región, ante la amenaza del iliberalismo? ¿Y qué reformas se deberían hacer?

-Esa es una pregunta difícil de responder, realmente no he estudiado el Sistema Interamericano y cómo funciona. En teoría estos sistemas internacionales pueden ser bastante efectivos porque acumulan el poder y la influencia de otras democracias. Así es como funciona un poco en Europa. La presión de otros países europeos ha marcado una diferencia en realidad tanto en Polonia como en Hungría. Estos son los dos países más iliberales allí, pero también en otros países. Y podrías imaginarte algo así funcionando en América Latina, si hubiera mucha presión de las democracias latinoamericanas entre sí y sobre el tipo de países reincidentes e iliberales de la región. Podrías imaginarte eso marcando la diferencia. Pero mi impresión es que no es lo suficientemente poderosa, no es una unión económica de la misma manera que lo es la Unión Europea y no tiene las herramientas de influencia de la misma manera.

Los países se influyen entre sí. Cuando una democracia tiene éxito, eso casi siempre influye en sus vecinos para que quieran imitarla. Y de la misma manera, cuando hay dictadores y líderes iliberales, también se puede empujar a otros en esa misma dirección. Los seres humanos son imitadores y miran lo que los demás han hecho. El fracaso de las autocracias también es algo que puede influir, cuando ven lo mal que va el iliberalismo y lo mal que sirve a la gente, eso puede ser una inspiración para las democracias tan importante como cualquier otra cosa.

-¿Tiene alguna recomendación o sugerencia, para la sociedad civil, los actores políticos, los periodistas, los académicos y/o la comunidad internacional para enfrentar la amenaza iliberal?

-El único consejo que puedo dar es que todos sigan involucrados en política. Lo más peligroso es la apatía, cuando las personas piensan que no pueden hacer nada, cuando se rinden, cuando se retiran a sus vidas privadas, lo cual es muy tentador para todos nosotros. Es aquí cuando la política puede volverse realmente peligrosa. Así que lo principal es seguir adelante, aunque me imagino que a veces puede parecer bastante desalentador.

ENTREVISTA

Marlene Laruelle:

EL RIESGO DEL ILIBERALISMO ES QUE PROMUEVE SOCIEDADES NO PLURALISTAS

21 de octubre de 2021

Entrevista traducida al castellano

ORGANIZADO POR



CON EL APOYO DE





Marlene Laruelle:

Es directora y profesora de Investigación en el *Institute for European, Russian and Eurasian Studies (IERES)*, de la *Elliott School of International Affairs*, en *The George Washington University*. Es también directora del *Illiberalism Studies Program* y co - directora de *PONARS (Program on New Approaches to Research and Security in Eurasia)*. Formada en filosofía política, explora cómo el nacionalismo y los valores conservadores se están convirtiendo en la corriente principal en diferentes contextos culturales y ha trabajado durante dos décadas en la escena ideológica de Rusia. Recientemente ha publicado *Memory Politics and the Russian Civil War. Reds versus Whites* (Bloomsbury, con Margarita Karnysheva) y *Is Russia Fascist? Unraveling Propaganda East and West* (Cornell University Press). Actualmente está editando el *Oxford Handbook of Illiberalism*, que será publicado en 2023 por Oxford University Press.

El iliberalismo encierra dos principales riesgos, según la historiadora, socióloga y politóloga Marlene Laruelle: promueve sociedades no pluralistas y se opone a la alternancia política, lo cual abre paso al autoritarismo.

Ante esta amenaza para la democracia, la directora del Instituto de Estudios Europeos, Rusos y Euroasiáticos y del Programa de Estudios Iliberales de la George Washington University, argumenta que es necesario comprender qué es el iliberalismo y estudiar las razones estructurales que explican su surgimiento como son la desigualdad social y económica.

La investigadora define el iliberalismo como: "Una familia ideológica que se opone al liberalismo y suele dar

preferencia al derecho de la mayoría o al derecho de aquella minoría que está muy centrada en la nación".

En este sentido, prefiere adoptar el sustantivo iliberalismo antes que asignarle el adjetivo "iliberal" al término democracia porque, para algunos expertos, esto plantea una contradicción en tanto la democracia no es tal sin el componente liberal.

"Cuando usamos la noción de iliberalismo el punto ya no es decir si es democrático o no, el punto es describir una ideología que puede existir en un contexto democrático o en un contexto antidemocrático. Es una forma de profundizar en el enfoque conceptual y evitar esta discusión", señala.

-El iliberalismo se ha convertido quizás en una de las amenazas más peligrosas para la democracia, no solo en la región, sino en todo el mundo. Desde el punto de vista político, ¿qué es el iliberalismo?

-No hay una definición muy clara porque es un término nuevo. La forma en que lo defino es como una familia ideológica que se opone a las diferentes formas de liberalismo: político, económico, cultural, geopolítico y la solución política que propone es dar preferencia al derecho de la mayoría sobre los derechos de las minorías, el cual está muy centrada en la nación, con una especie de enfoque integrativo cultural y, por lo general, aspira a una especie de nación culturalmente muy homogénea.

Otros académicos definen el iliberalismo más como prácticas autoritarias híbridas, pero mi definición tiene más que ver con el proyecto político y el tipo de ideología.

-¿Qué peligros encierran los movimientos iliberales?

-Son peligrosos en el sentido de que están polarizando la democracia liberal. Por un lado, el riesgo con el iliberalismo es que promueve sociedades no pluralistas donde sería difícil (o estaría prohibido) ser diferente en términos de etnia, orientación sexual o visión política. El otro riesgo es que si hay líderes iliberales que llegan al poder entonces pueden transformar los regímenes políticos democráticos y hacerlos más autoritarios, con menos contrapesos y controles. Y en ese caso, es difícil garantizar la alternancia en el poder.

-Usted ha enfatizado que el término iliberalismo, a diferencia de otras formas no liberales, se usa solo cuando surge un movimiento que se opone al liberalismo después de haberlo experimentado. ¿Puede usted explicar un poco más esta idea?

-El problema es que, si usas el iliberalismo para describir todo lo que no es liberal, entonces es demasiado amplio para ser conceptualmente útil. Si China y Corea del Norte también son liberales entonces es muy difícil definir qué es realmente iliberalismo, así que trato de separar lo no liberal de lo iliberal. Tienes muchas ideologías que no son liberales: el marxismo fue crítico con el liberalismo clásico, el islamismo es una ideología no liberal.

Por lo tanto, en mi definición, el iliberalismo describe lo que está sucediendo en países que eran liberales y que viven una especie de retroceso. Cuando usas esta definición excluyes a muchos países con sistemas auto-

ritarios que nunca experimentaron el liberalismo. Por ejemplo, China o Corea del Norte son un modelo de autoritarismo clásico. Esto nos ayuda a entender que los votantes que están apoyando el iliberalismo en países que han sido liberales no están en contra de la democracia, simplemente quieren conocer otro tipo de democracia en la que haya una forma de líder fuerte, con un sistema legal y de orden. Pero no se puede poner eso al mismo nivel que el sistema político chino.

-Usted ha dicho que el iliberalismo puede definirse como una nueva familia ideológica que combina la inspiración de ideologías de extrema derecha y la actualización de las opiniones clásicamente conservadoras. Sin embargo, en América Latina el iliberalismo se ha inspirado también en ideologías de extrema izquierda. ¿Podríamos decir que el iliberalismo se inspira en diferentes fuentes que van más allá de la derecha o la izquierda?

-Eso es algo en lo que no hay acuerdo entre los estudiosos. En mi definición de iliberalismo, para calificar como iliberal, es necesario ser conservador en términos de valores, de género y de valores familiares. En ese sentido, no funciona para la izquierda. Y habría que partir de la etnicidad nacional homogénea, que también es una característica que pertenece a la derecha, no a la izquierda. Preferiría mantener el iliberalismo para describir un proyecto conservador para la sociedad y buscar otro término para definir este tipo de iliberalismo de izquierda.

-¿Y cuál podría ser ese concepto para definir los movimientos iliberales de izquierda? ¿quizás la diferencia está en el discurso, en la narrativa?

-Creo que son diferentes también en términos de políticas públicas. Si tienes un poder iliberal de izquierda o de derecha no tendrías las mismas políticas públicas en materia de género, bienestar, educación, por lo que no se trata solo de discurso, es que realmente tienen una definición diferente de quién es parte de la nación. La definición de derecha sería más excluyente y sacaría a una parte de la población de la definición de nación. Mientras que la de izquierda sería más integradora e inclusiva porque tendría más base de clase social, la de derecha estaría más basada en el principio de asimilación étnica.

Por lo general, la literatura relacionada con la izquierda todavía utiliza la noción de populismo, pero esto también es complejo porque, para algunos, el populismo no debe usarse para describir una ideología sino sólo considerarse una especie de herramienta retórica. Depende también de lo consideremos que es liberalismo. La izquierda es más liberal en muchos aspectos que la

derecha si hablamos de los valores, lo multiétnico, el género y la sexualidad. Así que depende también de lo que definas como liberal. Eso afectaría qué es iliberal en su definición.

Creo que los académicos latinoamericanos vendrán con algunas respuestas al respecto, porque son los que tienen un mejor conocimiento de este tipo de iliberalismo desde la izquierda. América Latina es una región certera para eso. El resto del mundo está viviendo, principalmente, un iliberalismo de derecha.

-En su publicación *Illiberalism: A Conceptual Introduction*, señala que el conservadurismo que representa Donald Trump es diferente al conservadurismo liberal que existía hasta hace unos años en Estados Unidos de América (EE.UU.), y que caracterizó al partido Republicano. ¿En qué se diferencian estos dos tipos de conservadurismo?

-Hasta hace unos años, el partido Republicano de EE.UU. tenía lo que se llama un conservadurismo fusional, en el que intentaban unir todas las diferentes tradiciones del conservadurismo estadounidense y trataban de borrar o hacer que el tema de la raza no fuera demasiado visible. Trataban de mantenerse bastante separados de los grupos de extrema derecha que estaban presionando por asuntos en torno a la noción de raza. Luego, con la irrupción de Trump, lo que está surgiendo es una narrativa que tiene mucho más que ver con los blancos, por lo que se está trayendo el tema racial al debate conectándolo con los temas de la clase obrera más humilde (lo que en EE.UU. se conoce como *blue-collar* o "de cuello azul"). Entonces, de repente, aparece algo que el Partido Republicano realmente no estaba tomando en consideración por tradición. No estaba mirando realmente a su clase obrera. Este era principalmente un partido orientado hacia la élite. Lo que Trump ha estado haciendo es mezclar la narrativa de los obreros con los asuntos de la blancura de raza, y eso realmente ha transformado al partido Republicano. Ahora es difícil para el partido encontrar una manera de alejarse del legado de Trump porque ha tenido éxito a nivel electoral. La preparación de la estrategia para las elecciones de 2024 es decidir si van con el tipo de narrativa utilizada por Trump o no. En ese caso, la cuestión racial será realmente importante, al igual que este aspecto subversivo del mundo de los obreros *blue-collar*. Por el contrario, si optan por regresar a una ideología republicana más clásica, orientada al establishment, entonces es probable que tengan una especie de disidencias provenientes del lado de Trump.

Si miras Europa tienes los mismos problemas. La derecha conservadora clásica tiene cada vez menos posibilidades de disociarse de lo que era antes la extrema

derecha. Antes las dos categorías estaban bastante diferenciadas, ahora todo eso está borroso. Lo ves en Francia y Alemania. Entonces, hay varios países donde realmente el problema ahora es saber si todavía se puede tener una legitimidad conservadora, una corriente conservadora convencional, que sea lo suficientemente legítima sin tomar narrativas provenientes de la extrema derecha que estarían mucho más centradas en la narrativa antiinmigración.

-En su opinión, ¿la democracia estadounidense está amenazada por el avance de las tendencias iliberales? Si es así, ¿qué consecuencias podría tener esto a nivel mundial?

-Sí, creo que existe un riesgo real en EE.UU. Cuanto más te polarizas menos puedes crear una política pública porque se hace difícil crear consenso, los dos grupos se radicalizan y se niegan a discutir entre ellos. Pero para mí hay razones estructurales que son más importantes que el fenómeno de Donald Trump.

Tienes las redes sociales y el Internet que realmente juegan un papel clave en la polarización de las sociedades. Tienes un problema económico que debe abordarse. Entonces, si la sociedad estadounidense realmente quiere evitar ese tipo de polarización y el aumento de las tendencias iliberales, necesita trabajar sobre estos temas estructurales: ¿Cómo luchamos contra el hecho de que Facebook y YouTube tienen algoritmos que hacen dinero con la polarización, el discurso radical, etc.? Si no abor das eso, entonces puedes luchar contra Trump, pero no podrás resolver el aspecto estructural.

-Algunos expertos dicen que con las redes sociales estamos más conectados, pero menos comunicados.

-Exactamente, y creo que ese es un muy buen punto, el hecho que las redes sociales están destruyendo lo que nos hacía vivir juntos. En cierto sentido, estoy del lado de la literatura que dice que las redes sociales son una amenaza para la democracia si no podemos repensar la forma en cómo funcionan comercialmente, que es que ganan dinero con la polarización y creo que este es un tema clave.

-La tercera ola de autocratización, que reflejan índices como V-dem Institute, confirma cuán frágiles son las democracias liberales ¿Qué hace que estos sistemas políticos sean vulnerables?, y, ¿por qué las democracias iliberales o el iliberalismo se expande cada vez más por todo el mundo?

-Creo que las democracias liberales están debilitadas ahora porque han fracasado en tener éxito en muchos

de los aspectos, especialmente en el económico. Durante mucho tiempo estuvo implícito que la democracia iba de la mano con la prosperidad y creo que ahora que hemos combinado tanto el liberalismo político con liberalismo económico y, especialmente, con neoliberalismo, ha hecho que todo el impacto negativo de la globalización sea interpretado por personas que están sufriendo como una consecuencia de esto, lo cual se manifiesta en el hecho de que quieren rechazar el liberalismo globalmente.

Creo que, si no encontramos una manera de abordar las desigualdades sociales, para abordar el hecho de que tenemos una sociedad cada vez más polarizada entre una especie de élite globalizada y una población que no puede acceder a la globalización excepto como víctima económica de ella; si no podemos encontrar una manera de ofrecer un tipo de producto cultural que sea más que consumismo y entretenimiento, entonces la misión de la democracia liberal está fallando en parte. Todavía seguimos viviendo en un ambiente libre y sin represión masiva y esa es la gran victoria de la democracia liberal. Pero la idea de que todos tendríamos derechos, bienestar y poder para influir en las autoridades políticas, creo que está fallando. La gente siente que las élites están lejos, que se basan más en las grandes corporaciones y el sistema globalizado que en la opinión de sus ciudadanos. Así que creo que hay razones estructurales que hacen que la democracia liberal luzca débil ahora.

Las personas que sienten que la democracia liberal fracasó buscan otra solución y el iliberalismo ofrece soluciones atractivas. No digo que la respuesta que está dando esté funcionando, pero parece que reclaman una mejor relación entre el pueblo y las élites, una especie de Estado más asistencialista, lo cual creo que es mentira, pero esa es la manera en la que lo están enmarcando. Dicen que hay que volver a la soberanía, al Estado nación, con menos globalización, más de la mano de un líder carismático, con más ley y orden. Estos elementos parecen ser atractivos para una parte de la población. Entonces creo que tenemos este tipo de diálogo entre dos ideologías y, de hecho, depende mucho de la realidad sobre la base de lo que la gente considera en lo cual su país es exitoso y en lo que no.

-En algunos casos, los movimientos iliberales se han convertido en regímenes autoritarios. Tal vez sea una gran tentación al final. Pero, ¿hay casos en los que no se hayan convertido en regímenes autoritarios?

- Depende en qué país estés. Tienes países que son lo suficientemente sólidos como para tener líderes iliberales en gobiernos de coalición y luego, cuando dejan la coalición, el país vuelve a algo normal y democráti-

co. Quiero decir, si miras a Italia o Austria, tenían movimientos iliberales como parte de su coalición, pero han vuelto a ser países democráticos liberales normales, por lo que no se trata de un deterioro sistemático de los regímenes políticos. Pero si nos fijamos más en lo que es Europa Central, donde las instituciones de la democracia liberal eran más débiles, entonces fue más fácil para (Viktor) Orbán tomar el poder en Hungría, es más fácil para el partido Ley y Justicia, de Polonia, hacerlo. Ni siquiera hablo de Rusia y Vladimir Putin. Así que sí, si un líder iliberal llega al poder, no en un gobierno de coalición sino solo y puede mantenerlo durante varios años, y progresivamente el régimen se vuelve cada vez más autoritario, entonces volver atrás será más complicado.

-¿Cómo evalúa la efectividad del Sistema Interamericano para frenar el socavamiento de las democracias representativas y liberales en la región ante la amenaza del iliberalismo? ¿Qué reformas se pueden hacer, si son necesarias?

-No estoy lo suficientemente familiarizada para decirlo, pero mi impresión es que usualmente este tipo de instituciones no son suficientes porque, en parte, funcionan a nivel diplomático, pero no pueden contrarrestar los movimientos de base y lo que está pasando en muchos países latinoamericanos o en los EE.UU. El iliberalismo no puede ser fácilmente contrarrestado por este tipo de asociación estratégica o instituciones diplomáticas.

También creo que, debido al tipo de tensión cultural que puede haber entre los EE.UU. por un lado, y América Central y América Latina por el otro, y todo el legado de antiamericanismo, o sentimiento antiestadounidense, estas instituciones son bastante ineficaces al tratar de unir todas las cosas. Creo que es muy difícil tener este tipo de instituciones panamericanas funcionando cuando hay tal brecha entre los EE.UU. por un lado y muchos países centroamericanos por el otro. En ese sentido, soy bastante escéptica.

-¿Tiene alguna recomendación o sugerencia para la sociedad, los actores políticos, los periodistas, o para la comunidad internacional para enfrentar mejor la amenaza iliberal?

-Creo que deberíamos dejar de usar el iliberalismo como un insulto para describir a todas las personas con las que no estamos de acuerdo, y también deberíamos aceptar la pluralidad de opiniones, incluso aquellas con las que no estamos de acuerdo. Deberíamos mirar las razones estructurales que explican el surgimiento del iliberalismo. La desigualdad social y económica, así como el papel de las redes sociales, son los temas clave a considerar y, por lo tanto, tratar de alejarnos de

narrativas mediáticas fáciles que etiquetan a personas como iliberales. Tenemos que pasar a una discusión más profunda de lo que hacemos en nuestras sociedades para intentar ser más inclusivos y más equitativos en términos de redistribuir la riqueza. Eso resolvería gran parte del problema.

-¿Usted es optimista o pesimista en relación a la posibilidad de contrarrestar la amenaza iliberal?

-Soy bastante pesimista. Creo que el liberalismo seguirá siendo desafiado muy seriamente en los años venideros, tanto desde el exterior como en la propia democracia liberal en casa. Esto es solo el comienzo.

ENTREVISTA

Armando Chaguaceda:

**HAY QUE ARTICULAR UNA
DEFENSA GLOBAL Y
TRANSIDEOLÓGICA DE LA
DEMOCRACIA**

23 de octubre de 2021

ORGANIZADO POR



CON EL APOYO DE





Armando Chaguaceda

El doctor Armando Chaguaceda es un politólogo e historiador cubano-mexicano, cuya investigación examina los procesos globales de democratización y autocratización, el ascenso del populismo y el papel de potencias globales como Rusia y China en la política latinoamericana. Es un Experto Nacional en Variedades de Democracia, una iniciativa de investigación internacional con sede en el Instituto V-Dem de la Universidad de Gotemburgo, que busca conceptualizar y medir la democracia en todos los países del mundo.

El politólogo y doctor en historia cubano-mexicano, Armando Chaguaceda, quien es experto nacional en Variedades de Democracia (una iniciativa de investigación internacional con sede en el Instituto V-Dem de la Universidad de Gotemburgo), propone la articulación de un frente transideológico de defensa de la democracia, ante la expansión de regímenes iliberales que devienen en autoritarismos. Define el iliberalismo como “una cosmovisión, una forma de entender el orden político y social, que desconoce y reduce la diversidad y ataca las formas que el pluralismo político permite para canalizar esa diversidad social”. De hecho, enfatiza que hablar de democracia iliberal es tendencialmente un oxímoron “en tanto, primero, esa democracia iliberal mata al liberalismo, pero termina después suicidándose al suprimir la voluntad popular como origen del gobierno”.

Para contener la erosión de la democracia, Chaguaceda, cuya investigación examina la democratización y la decadencia democrática, las fuerzas del populismo y el autoritarismo, así como el papel de potencias globales como Rusia y China en la política latinoamericana, también plantea la necesidad de “hacer

control de daños temprano de los procesos de autocratización”. “En el plano geopolítico es necesaria una acción más inteligente y temprana de defensa de la democracia”, sostiene.

En su opinión, el uso inteligente de las sanciones tiene que seguir siendo un mecanismo de presión importante, al igual que el castigo moral en aquellos espacios internacionales de peso. “Hay que dar una batalla en el plano intelectual, geopolítico y de la sociedad. Los gobiernos tienen que apostar a dar soluciones; es decir, no se trata solo de defender los valores abstractos de la democracia, sino que tienen que ocuparse de temas como la igualdad y la equidad social. El periodo de mayor robustez de las democracias ha sido cuando han preservado la libertad de sus ciudadanos y han reducido la desigualdad social”, argumenta.

Si no se revierte la desafección por la democracia, Chaguaceda ve probable un escenario en el que “el avance nacional de los autoritarismos se salde, a escala global, con una nueva guerra”.

-Desde el punto de vista político, y en su opinión, ¿qué es el iliberalismo y qué lo caracteriza?

-Empecemos por hablar del liberalismo que es, en primer lugar, el proyecto político básico de la Modernidad. No es el único porque ha habido, digamos, otros proyectos políticos como el conservadurismo o el socialismo. Pero el liberalismo nace con un fuerte empalme con la Ilustración como época histórica y como proyecto intelectual que busca la expansión de la ciencia, la razón, el progreso y el humanismo, esos rasgos que define Steven Pinker en su libro. El liberalismo es ese proyecto que concibe a la sociedad como compuesta por individuos portadores de derechos inalienables, que concibe a la economía alrededor de la idea de un mercado en el que hay concurrencia de productores, vendedores, comerciantes, etcétera.

El liberalismo está muy relacionado con lo que los marxistas llaman el modo de producción capitalista, aunque no es per se un sinónimo de capitalismo. Se relaciona, desde el punto de vista del andamiaje institucional, con la idea de un Estado de Derecho, de una tripartición de poderes y de un Estado con poderes limitados, lo cual permite una gama de variantes entre un Estado guardia nocturno, carcelero y de correo postal (digamos del liberalismo más primigenio, más puro). Pero también con un Estado que se va expandiendo, un estado social, no solamente de libertades negativas sino de fomentar cierta equidad sin sacrificar las libertades.

De hecho, más bien habría que hablar de liberalismos, en plural, porque tienen configuraciones epocales y contextuales diferentes: no es lo mismo el liberalismo anglosajón que el del continente europeo o el hispanoamericano. Hay tradiciones liberales articuladas con el pensamiento islámico, confuciano o eslavo.

Dicho esto, podemos entender el iliberalismo como una reacción al liberalismo y, en ese sentido, tendría que incluir, en el sentido amplio, todas las reacciones conservadoras a la Revolución Francesa, todas las reacciones conservadoras al propio Estado liberal. Pero también las reacciones revolucionarias del siglo XX a través de la variante comunista, del socialismo y del marxismo. También, en la medida en que el liberalismo se convierte en buena parte en la piedra angular de la doctrina de los Derechos Humanos, que está también en el origen de las propias Naciones Unidas como intento de un orden normativo global, lo iliberal también aparece dentro de todas esas ideologías o formas de gobernanza que rechazan la idea de convivencia plural de sujetos portadores de derechos, que apelan a otro tipo de formas de autoridad.

Ahora, en un sentido más concreto y reciente, el iliberalismo se concibe, según ha conceptualizado Marlene Laruelle, como una concepción de la política, de la economía y de la sociedad que rechaza la idea de multilateralismo y la apuesta a cierto orden internacional a favor de la idea de un Estado-nación. Es, en cierto sentido, profundamente westfaliano. Dentro de esa institucionalidad define un modelo de líder fuerte y de pueblo unificado como sujetos políticos principales. Un líder que se comunica directamente con un pueblo, en una relación jerárquica, pero de mutua alianza, sin instituciones intermediarias. Y, por supuesto, sin reconocer la existencia de oposiciones más o menos estables y respetadas.

En el plano económico, el iliberalismo promueve la idea de proteccionismo: una economía estatizada, con capitalismo nacional, con oligarquías ensambladas con el poder del Estado, patrimonial; pero también acepta, por supuesto, modalidades neoliberales. Es decir, no promueve siempre una idea de estatizar la economía, porque a menudo hay privatizaciones. Pero son privatizaciones para los amigos, para el sector capitalista que John Keane ha llamado los poligarcas, que crecen al amparo del Estado iliberal.

El iliberalismo también privilegia una definición un tanto esencialista de la nación, con una idea de la nación encarnada y representada por el Estado y por el líder del Estado y, en general, más allá de derechas o de izquierdas, desconoce el elemento de la democracia de ciudadanas y ciudadanos. El Estado, el líder, la Nación y el pueblo unificado son los marcos y los sujetos de la política dentro de esa visión proteccionista, estatista y plebiscitaria de la gobernanza.

Ahora bien, la democracia y el liberalismo, si bien son tradiciones diferentes, se empalman dentro de lo que yo he llamado, siguiendo a Aníbal Pérez-Liñán, la república liberal de masas. Poseen genealogías diferentes, tradiciones intelectuales diferentes y configuraciones institucionales diferentes, pero de alguna manera se articulan el siglo pasado en la democracia de masas -con grandes partidos, grandes sindicatos- y un Estado de Derecho que después se convierte en el Estado Social de Derecho.

La república liberal de masas es esa construcción histórica del siglo XX que sobrevivió hasta hoy en las democracias avanzadas. La que permite que haya un Estado Social de Derecho; que haya participación de masas; no es una democracia oligárquica -aunque haya oligarquías económicas y políticas en su seno- y permite que el componente democrático de la voluntad de la mayoría exista, se imponga circunstancialmente en las contiendas políticas, sin eliminar los derechos de las minorías. Porque la democracia es un sistema de ma-

oría y minorías dinámicas; no es democracia iliberal porque las minorías, que pueden ser sociales, étnicas, políticas, partidistas, están respetadas. Porque si la mayoría, que siempre es circunstancial, se convierte en permanente, esa propia mayoría no podrá revalidarse y lo que termina pasando es que una originaria democracia de mayorías se convierte en una autocracia. Con lo cual desaparece primero el componente liberal, pero a la postre se carga también el componente democrático.

No son lo mismo democracia y liberalismo, pero tienen un noviazgo más o menos feliz en el siglo XX. De manera que, tendencialmente, deviene un oxímoron hablar de democracia iliberal en tanto primero esa democracia iliberal mata al liberalismo, pero termina después suicidándose.

-¿Es lo mismo una democracia populista que una democracia iliberal? Algunos autores consideran que el iliberalismo es algo exclusivo de la derecha y que, en el caso de la izquierda, cuando se presenta el iliberalismo, la forma que asume es el populismo. ¿Lo ve así o más bien el iliberalismo puede darse indiferentemente desde gobiernos de izquierda y de derecha?

-Yo estoy más cercano a la visión que han dado Pierre Rosanvallon y John Keane en este sentido. Desde la experiencia socio histórica de la república liberal de masas, la democracia es la conjugación de cuatro órdenes de la política: un régimen político, un proceso socio-histórico, un movimiento social y una cultura política

Un orden de instituciones; es decir, un régimen político, eso es lo fundamental. Es el corazón del concepto, al institucionalizarse prácticas y valores que hacen efectivos los derechos a participar, a ser representado y a deliberar en la constitución del poder estatal. La dimensión central de la democracia -cómo un régimen político- no se da tanto en el populismo porque el populismo no llega a cristalizar como régimen, ahí tengo una discrepancia con Rosanvallon. El populismo es una forma de entender y de hacer política, más que un régimen. Yo la categoría régimen la dejaría para las nociones teóricas fuertes: la democracia con sus variantes y la autocracia con sus variantes.

La democracia es, también, un proceso socio histórico de luchas que van agregando derechos y un movimiento social -más bien una serie de estos, con sujetos y agendas diversos- que va pujando por esos derechos ante las élites dominantes. El populismo se expresa también en esa forma de movimiento social, en un proceso de lucha que crea esa relación entre el líder y las masas, pero no termina de cuajar como régimen. Al ser más bien una forma política, se puede hablar de po-

pulismos de derechas y de izquierdas, que comparten rasgos iliberales. Es decir, el iliberalismo es una forma de entender el orden político y social dentro de una sociedad y el populismo puede ser la forma específica en que ese modo de entender el orden en una sociedad y una política se concreta en la política práctica, en los discursos, en las manifestaciones, en las congregaciones, en fin. El iliberalismo es una cosmovisión y el populismo es la concreción de esa cosmovisión en su primera fase transicional, desde el seno de la democracia a otra cosa. Cuando esa otra cosa termina de cuajar (que no siempre cuaja) el populismo se ha suicidado, ha matado la democracia y aparece la autocracia.

El iliberalismo tiene que ver, en lo cosmovisivo, con cómo vemos la relación de la religión y la política, el lugar de la familia en la sociedad, el lugar de una etnia, si creemos que la comunidad prima sobre el individuo, es más amplio que alguna de las ideologías modernas.

Yo creo que el populismo de derecha y de izquierda comparten ciertos presupuestos cosmovisivos, lo que varía es el sujeto y mecanismo políticos en la cual cifran su esperanza del orden nuevo. Pero comparten una pulsión estatista en la economía; de cierto modo entienden el rol del Estado a partir del gasto público, del control de ciertos sectores, de la alianza con empresarios leales. Y los dos tienen una visión profundamente negativa de las instituciones intermedias, del rol de la sociedad civil, de los intelectuales y de los medios de comunicación, eso lo puedes ver desde Viktor Orbán hasta Hugo Chávez.

-¿Qué peligros encierran las democracias iliberales, si aceptamos que puede haber democracias con componentes iliberales?

-Bueno, dos grandes peligros. Primero, el desconocimiento de la diversidad y de la complejidad social, inseparables de la Modernidad. En una dimensión sociológica, no hay un pueblo unificado y utópico, diría Rosanvallon, hay pueblos diversos, empíricamente verificables. Incluso el sujeto popular, entendido como tal a partir de los criterios socioeconómicos, de la ubicación en una estructura social, no es homogéneo en sus rasgos constitutivos y demandas políticas. Los sectores más desfavorecidos son diversos en sí mismos, bien sea por identidad, por género, por raza, por clase...y por preferencias políticas. Esa idea de un sujeto privilegiado -sea La Nación o El Pueblo- niega la diversidad constitutiva de lo social y más aún de la sociedad contemporánea que es tan fluida. El problema, además, se agudiza cuando se niega o vulnera el andamiaje institucional del pluralismo político. El populismo y el iliberalismo niegan la diversidad social, la reducen, no la suprimen como el totalitarismo, pero la reducen. Pero, al mismo tiempo, niegan el pluralismo porque, más

allá de una aspiración abstracta, el pluralismo es justamente la idea de que las entidades sociales pueden tener expresiones políticas y esas expresiones políticas tienen que tener canales institucionales -como partidos, el Parlamento, la sociedad civil- para expresarse.

Tomemos el ejemplo de Nayib Bukele, esta especie de populista millennial que a mí me recuerda la popularidad y el carisma que tenía Fidel Castro en el año 1959. Bukele está teniendo un apoyo arrasador y apela al pueblo en sentido difuso. Está enfrentando la oposición de grupos sociales muy diversos, pero organizados y con una conciencia política, como movimientos sociales, intelectuales, medios de comunicación, ciertos sectores urbanos -que no es la elite oligárquica del partido Arena (Alianza Republicana Nacionalista)- y ya esta semana vimos cómo el Parlamento, controlado por Bukele, impidió o vetó el derecho a la manifestación. Entonces, vemos cómo un líder populista, electo en las urnas y contando con una base social amplia, está desconociendo una diversidad social que se quiere expresar políticamente en el espacio público.

Creo, resumiendo, que los dos grandes peligros de ese modelo iliberal son el desconocimiento de la diversidad social, que es intrínseca a la complejidad de la sociedad contemporánea, y el menosprecio y ataque a las formas que el pluralismo político permite para canalizar esa diversidad social.

-A la luz de la amenaza iliberal ¿Cómo ve usted los casos de Nicaragua, con Daniel Ortega y El Salvador, con Nayib Bukele?

-Reconociendo, ante todo, la heterogeneidad de los puntos de partida y de las ideologías que animan estos gobiernos. En el caso Nicaragua se trata de un partido que tuvo genes revolucionarios, con un liderazgo de izquierda revolucionaria y lucha armada antiliberal, que vuelve por la vía de las urnas ante una clase política liberal muy desacreditada. Pero crecientemente empieza a hacer fraudes, para mantener esa ventaja y convertirla en hegemonía. Y lo que hemos visto en los últimos tiempos en Nicaragua es el cierre completo de cualquier resquicio democrático.

En el caso de Bukele, en El Salvador, es un líder joven muy popular que llega por la vía de las elecciones, ante el descrédito de la élite política tradicional -de derecha e izquierda- y que desarrolla formas simbólicas innovadoras en el discurso, con el uso de redes sociales, en el intento de usar el Bitcoin como moneda nacional, etc. Pero que tiene un fuerte carácter autoritario de entrada: cuando entra en el Parlamento, cuando nombra magistrados leales en la Corte Suprema, etc. Ha avanzado Bukele muy rápido en lo que a Hugo Chávez le demoró tiempo en llegar.

Las autocracias se están apoyando entre sí hoy, como diría Anne Applebaum, más allá de la ideología. China, por ejemplo, está apoyando a Bukele, aunque éste se ha opuesto a (Nicolás) Maduro. A su vez, Bukele no dice nada sobre (Daniel) Ortega y, en la última reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA), El Salvador, junto con el bloque del ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), rechazó que la OEA se pronunciara sobre la violación de derechos humanos. Hay un sustrato ideológico, si quieres no tan coherente como el conocido en el siglo XX, que es un sustrato iliberal. Hay una idea de que el poder les pertenece a ellos, que no está delegado temporalmente, de que la mayoría que supuestamente les apoya es permanente. Y cuando ya esa mayoría les deja de ser funcional, pues peor para la mayoría, porque los líderes, devenidos autócratas, deciden quedarse.

-¿Por qué las democracias liberales tienden a degradarse en sistemas autoritarios?, ¿conoce algún caso en el cual una democracia liberal se consolidó y se ha mantenido así por mucho tiempo sin derivar en el autoritarismo?

-Bueno, un caso bastante consolidado es el de Hungría. Viktor Orbán lleva varios años en el poder con un copamiento en los medios de comunicación, con la creación de una sociedad civil leal, paragubernamental, de una red de polígarcas, para referirse a amigos ensamblados con el aparato del Estado y los contratos públicos. Hungría sigue siendo en parte una democracia porque todavía la oposición tiene ciertos espacios, todavía cuenta con un apoyo importante, aunque declinante y es un liderazgo que ha apelado a la idea de la nación frente a la migración extranjera.

-Se observa el avance de una tercera ola autoritaria, ¿por qué las democracias liberales hoy en día están siendo tan vulnerables? y ¿por qué están avanzando tanto las liberales?

-Esto es multifactorial. Hay una dimensión geopolítica: el avance global de dos potencias, de dos Leviatanes liberales, como China y Rusia, genera un efecto contagio y de apoyo potencial a aliados regionales que dicen "bueno, si esta gente lo puede hacer así, y además China tiene una alta tasa de crecimiento y Rusia es militarmente un global player, pues son modelos a seguir".

Segundo, está el desgaste económico de las democracias avanzadas. El crecimiento económico que experimentaron, en el periodo de postguerra, por factores demográficos, tecnológicos, sociales, económicos se ralentiza, ya Estados Unidos, Europa Occidental y Japón no son las locomotoras del mundo.

Hay también factores culturales: los cambios demográficos, el miedo a la inmigración, la aparición de minorías políticas que no se relacionan entre sí. Tienes, por ejemplo, en Estados Unidos, un nivel de polarización política entre un sector liberal de izquierda, con fuerte base intelectual y urbana, enfrentado a un sector liberal de derecha, con fuerte base popular y un discurso nativista ultraconservador. Y tienes en el medio a una gran cantidad de personas de centro, aún leales a los referentes tradicionales, demócratas y republicanos, que están como desubicados. Esto tiene que ver con factores demográficos, sociológicos, económicos, etc.

Otro elemento es la hipercrítica a la democracia. Es decir, Guillermo O'Donnell hablaba de la necesidad de ejercer una crítica democrática a la democracia para mejorarla; allí es por ejemplo donde ubico la obra reciente de John Keane, o la propia obra de O'Donnell. Y tienes una crítica autoritaria de la democracia, que es la crítica de los intelectuales filo tiránicos, desde la derecha con Martin Heidegger y Carl Schmitt hasta Jean-Paul Sartre y toda la izquierda autoritaria latinoamericana del momento. Esa desafección por la democracia puede ser una desafección de sectores populares y también de luminarias ilustradas, que apoyan un caudillo autoritario.

-¿Qué rol ha jugado Cuba en la promoción de este tipo de democracias que terminan, de alguna manera, socavando la democracia en sí misma?

-Cuba no es la única base de eso, hay intelectuales y grupos sociales que emergen de distintos países de América Latina. Pero sí, encuentras en Cuba varias cosas: inspiración, apoyo logístico o formativo, organizativo y un espacio para conspirar, con la ventaja que da además la larga duración de un régimen autoritario. Cuba es, simultáneamente, una experiencia histórica, un modelo ideológico y un agente geopolítico con influencia internacional.

-¿Cómo evalúa el Sistema Interamericano justamente para frenar esta amenaza y qué reformas sugeriría?

-A ver, primeramente, el sistema nace, y sobre todo la Carta Democrática Interamericana (2001) aparece en un momento de consenso cultural y cosmovisión alrededor de la idea y experiencia democráticas. Incluso Venezuela la firma, con reticencia, pero la firma. Entonces hubo cierta coherencia de valores que se tradujo en una coherencia de prácticas; con el cordón sanitario ante el golpe de estado y régimen Alberto Fujimori, no solo fue una declaración en el papel. Eso no existe hoy: ha habido una naturalización de esta muerte lenta de las democracias y Venezuela es un caso de una reacción muy tardía.

El segundo elemento es que no hay mecanismos expeditos y eficaces de sanción, de cordón sanitario. Mira lo que ha costado imponer sanciones contra el régimen venezolano y siempre hay gente que dice que son ilegales. Incluso demócratas, a veces con buenas intenciones y razones, pensando en el lado humanitario; a veces como disfraz de una colaboración que quiere quitarle las sanciones al régimen.

También hay un problema que es sistémico: tienes actores que llegan por la vía democrática al poder y van demoliendo desde dentro la democracia; a veces tú puedes ver las señales con tiempo suficiente. Pero, aunque veas las señales, no tienes la capacidad de articular la resistencia a eso. Lo que se complica cuando el actor desdemocratizador es tan hábil, resolutivo y desleal, que la única forma de resistencia que queda es, aparente o parcialmente, antidemocrática. Pienso, por ejemplo, en la coyuntura de Evo Morales. Más allá de en lo que se convirtió el gobierno de Jeanine Áñez y lo que hizo la derecha boliviana, en el caso de Evo Morales hubo un aferramiento previo de este al poder que vulneró la Constitución vigente. Hubo un desconocimiento de la voluntad popular expresada en un referendo, después hubo un intento de ir una elección con gran cantidad de manipulaciones y problemas en la elección. Todo eso, sumado, terminó en un escenario donde la población salió a la calle y el ejército le dijo: señor, váyase. Pero hoy solo nos queda, en el imaginario, la derecha golpista.

-En su columna Distopía Criolla, ha hablado de cómo la sociedad puede protegerse. Dice que es necesario que haya una resistencia cívica, ha señalado también que se genere una cooperación transnacional entre demócratas para enfrentar la amenaza iliberal. Le pediría algunas sugerencias o recomendaciones, en este sentido, para la sociedad civil, los actores políticos, los periodistas, los académicos y/o la comunidad internacional.

-En el plano geopolítico, urge una acción más inteligente y temprana de defensa de la democracia. Lo que hay que hacer es establecer criterios muy claros. Ya hay evidencia histórica empírica reciente -por la derecha con Recep Erdogan y Viktor Orbán y por la izquierda con Nicolás Maduro y Daniel Ortega- que parece aconsejar, de manera temprana y con un discurso menos ruidoso, que se tomen acciones concretas bien planificadas.

El mecanismo de las sanciones no funciona igual que antes porque no estamos en el año 1990. Creo que es importante hacer un control de daños temprano de los procesos de autocratización y tiene que ser multilateral. Estamos en un mundo en el cual China tiene un

gran peso económico y puede compensar el efecto directo de las sanciones sobre aliados autocráticos. Pero las sanciones tienen que seguir siendo una medida importante, al igual que el debate en aquellos espacios internacionales de peso. Las democracias no se pueden ir del Consejo de Derechos Humanos, no importa que haya un montón de satrapías ahí: el plano simbólico y discursivo es muy importante. Es tan importante que los disidentes de los regímenes autoritarios a veces han luchado contra toda esperanza por ideas de cómo es más digno vivir.

Además, hay que proyectar un discurso contundente de la democracia, que refleje las falacias y falencias de los autócratas. Ahora hay una especie de envalentonamiento: por ejemplo, en muchos diarios y libros empiezan a decir que las autocracias lidiaron exitosamente con el COVID-19, y las democracias fallaron. Entonces, yo digo ¿qué autocracia triunfó? Si me dicen China, partiendo de que los datos que ofrece el Estado chino son ciertos, tú tienes a Taiwán en frente que fue un éxito también, más éxito que China, y que ha sido bloqueado por China para que no tenga acceso a vacunas y a compartir en la OMS su experiencia. Es decir, tú tienes una evidencia de que la mayor cantidad de autocracias en el mundo han sido un desastre. Mira Venezuela, mira Cuba, mira Nicaragua, mira Rusia ahora mismo que está en un pico de pandemia porque no hay opinión pública que vea. El problema de la democracia quizás es cómo llegar y sostener acuerdos amplios en situaciones de pandemia, pero el problema de la autocracia es que suprime los mecanismos de alerta temprana.

Creo que hay una batalla que tiene que darse en el plano intelectual, geopolítico y de la sociedad. Los gobiernos tienen que apostar a dar soluciones; es decir, no se trata solo de defender los valores abstractos de la democracia, sino que tienen ocuparse de temas como la igualdad y la equidad social. El periodo de mayor robustez de las democracias ha sido cuando han preservado la libertad de sus ciudadanos y han reducido la desigualdad social. Hay que resolver la contradicción que generó el neoliberalismo en el interior de las democracias.

Hay que construir una mística de la democracia a través de una labor de educación y de persuasión con evidencia histórica, con evidencia contemporánea. Implicar a la comunidad intelectual, incluyendo en sentido amplio a los artistas: no puede ser que haya una especie de pasmo de los demócratas en el plano de las ideas. A mí me gusta mucho esa frase de (Albert) Camus que dice que las victorias del totalitarismo no se basan en las virtudes de los totalitarios sino en las faltas de los demócratas. La desafección de la democracia en Amé-

rica Latina no viene porque haya gente que tenga valores autoritarios sino porque no quieren a los políticos que tienen, porque no han visto buen desempeño y creen que otra cosa puede ser mejor.

-Hemos escuchado esta frase en diversas ocasiones: "Esta revolución es pacífica, pero armada", pero nunca se escucha "esta democracia es pacífica, pero está dispuesta a defenderse si es amenazada". Si hay una amenaza real a la existencia de la democracia, ¿cómo se salda esta diferencia asimétrica?

-Bueno, nos hemos vuelto muy pacifistas, quizás por el tipo de sociedad en la que hemos vivido. Qué bueno. Hay menos tolerancia a la violencia, sobre todo a la violencia extrema. Pero, por ejemplo, en la República de Weimar, los debates entre los constitucionalistas no solo eran en el papel. Hermann Heller asesoró al gobierno de Prusia cuando el Reich quiso disolver, como lo logró, el estatuto del Estado prusiano que era gobernado por socialdemócratas y Hermann Heller se implicó en la resistencia política. Esas cosas las hemos olvidado porque implican un nivel de riesgo personal. Pero en los años 40s, 50s del siglo XX, José Figueres y Rómulo Betancourt, hablaban de un cordón sanitario contra las dictaduras en América Latina y en ese caso las dictaduras eran de derecha. Recuerda que hubo intentos apoyados por las pocas democracias de América Latina por derrocar a (Rafael Leónidas) Trujillo y por derrocar a (Anastasio) Somoza, de manera, que ahí hay un acervo. De hecho, la doctrina Betancourt en los años 60s, plantea la no tolerancia a ninguna forma de autocracia, ni de derecha ni de izquierda.

Si el mundo sigue en este curso accidentado, como decía el historiador ruso Alexander Herzen, "que la historia no tiene un solo decurso porque si lo tuviera sería lógica y no historia", entonces, no hay un decurso, pero sí hay tendencias. Es probable que pronto veamos disputas geopolíticas que van a implicar guerra y violencia, como también pasó durante la Guerra del Peloponeso. Acuérdate que era el enfrentamiento entre dos alianzas, con dos modelos políticos: la polis democrática ateniense y la polis espartana militarista oligárquica, pero ahí se mezclaban disputas geopolíticas, quién apoyaba a quién, quién daba un golpe de Estado en tal ciudad, entonces la facción democrática hacía una revolución y la oligárquica la reprimía y llamaba a los espartanos. Probablemente lleguemos a un punto de eso en algún momento de la primera mitad de este siglo, lamentablemente tenemos armas nucleares y eso sería terrible.

La resolución del conflicto sobre Taiwán es un ejemplo. Taiwán es un pequeño país, exitoso, gobernado por una líderesa socialdemócrata, que está resistiendo a un in-

tento de supresión. Taiwán es hoy en día un símbolo de lo que va a ser la democracia en la defensa colectiva de sus espacios, su población y sus instituciones. Lo que pasa en Taiwán nos afecta a todos los defensores de la sociedad abierta y el régimen político democrático.

-¿Usted diría avanzar hacia una especie de Foro de Taiwán?

-Sí, yo creo que los demócratas de la derecha y de la izquierda, más allá de las ideologías, tienen que hacer un espacio de articulación. Porque fíjate cómo en el Consejo de Derechos Humanos votan juntas China, Rusia, satrapías asiáticas, regímenes nepotistas africanos, todos los gobiernos de izquierda radical de América Latina, en su común denominador iliberal. Yo no sé si esta cumbre de las democracias que ha convocado Estados Unidos quede en una foto para las gradas o tenga algún trabajo detrás serio. Pero definiendo que logremos una reflexión y una defensa global transideológica de la democracia, de quienes creamos que la gente tiene el derecho a tener derechos, a elegir y vigilar a sus gobernantes, a participar activa y autónomamente en la política y sociedad en que viven.